

ROLDE

REVISTA DE CULTURA ARAGONESA

PEDRO IBA YA A PROBAR OTRA VEZ LA CERTEZA DE SU BRAZO CON UN PAR DE PIEDRAS, CUANDO ACORDÁNDOSE DEL FRAILE, PUSO LOS PIES EN POLVOROSA.

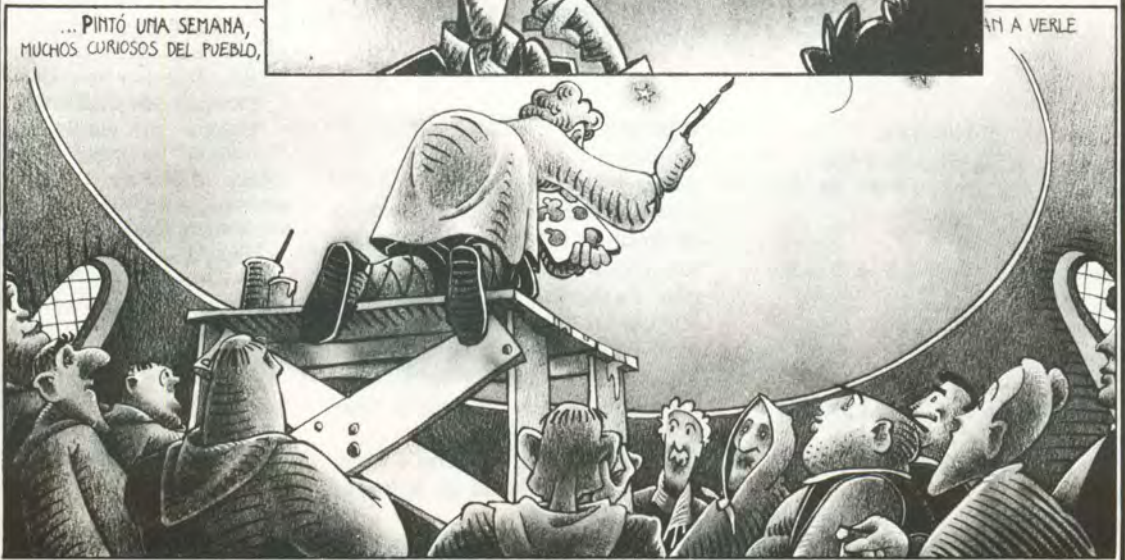


FIJADOS BIEN EN VUESTRA SUERTE, LIMPIAD LOS MOCOS A ESE MOZO QUE LE ENSUCIAN LA CARA Y LA CAMISA, Y A ESE OTRO CURADLE Y DAD NOTICIA DE MI PARTE AL ALBEITAR DEL LUGAR.



... PINTÓ UNA SEMANA, MUCHOS CURIOSOS DEL PUEBLO,

... A VERLE



COSICAS

• El libro de poemas «Armónicos d'aire y agua», de **Francho Rodés**, aparecerá próximamente publicado en los Cuadernos de Cultura Aragonesa que edita el RENA.

• **La veterana colección de libros de poesía «Poemas»**, dirigida por Luciano Gracia y en la que participa como secretario de Redacción nuestro compañero José Luis Melero, ha publicado recientemente tres nuevos títulos, que hacen los números 54, 55 y 56. Se trata de «Brotos (a escasos versos de alcohol contra la tarde)», de **Antonio Pérez Morte**; «Mejor la destrucción», de **José Félix Méndez**, y «Los ojos verdes del búho», de **José Luis Rodríguez**. 23 años de existencia avalan el prestigio de una colección, con mucho la más antigua de Aragón, querida y respetada por todos.

• La colección «Nova-scholar», de la editorial Playor, ha publicado la obra de teatro de **Bartolomé Palau** «Historia de la gloriosa Santa Orosia». No demasiado conocido, Palau fue un destacado escritor aragonés del siglo XVI al que conviene, como a otros muchos, ir rescatando del olvido.

• El 29 de junio se cumple un nuevo aniversario de la abolición de los Fueros. Ese mismo día tenemos los aragonesistas de izquierda una nueva reunión para ir perfilando la agrupación política que se pretende constituir. La primera tuvo lugar el pasado 17 de mayo. Los interesados pueden contactar en el Apartado de Correos 3.025 de Zaragoza.

• O pasau diya 25 de mayo s'amortó en Ansó Maria Mendiara, a zaguera muller que bestiba o traxe ansotano. Agora ya solo bi'stá un ombre, Chorche Puyó, alzando ista tradiziön.

• **Teyatro n'aragonés**. O diya 29 de mayo se fazié en Uesca o estreno de a obra de teyatro MAL D'AMORS, de Miguel Santolaria, mesa en eszena por un grupo de Samianigo.

• **De cuneros e historietas varias**. Muchos son los cuneros que vienen en la primavera electoral a este País a recoger votos sin haber sembrado trabajo. El partido del Gobierno trae cuneros a Teruel y Zaragoza en sus cabezas de lista, y Alianza Popular si bien presenta un alcañizano por Zaragoza, todos sabemos que su actual vinculación con Aragón es más bien escasa. El partido de Roca nos trae a un Ex-Ministro que confundió la Base de Rota con la de Zaragoza en su presentación pública (que ya es confundir). Como aquí lo tragamos todo...

Chorche Biscarrués

Auta de o Churato de o «X Premio de Falordias en Fable Aragonesa»

Reunito lo Churato de o «**Dezeno Premio de Falordias en Fable Aragonesa**», que añalmén comboca o **Rolde d'Estudios Nazionalista Aragonés** (R.E.N.A.), y que ista añada yera conmeso por Chusé Inazio López Susín (Presidén), Chesús Bernal (Secretario) y Chusé Luis Melero (Bocal); dimpués d'aber leyito os triballos presentatos y dimpués d'analizar a suya calidá y a suya balura literaria y lingüística,

Alcuerta por unanimidá:

Atorgar ista dezena ediziön de o Premio de Falordias ta la Falordia tutelata «**Falordia ta arredolar a un poema**», presentata con o lema: **¡Que se sobatan as alcacias!**

Ubierta ra plica, o suyo autor risulté estar **Chusé Inazio Navarro García**, de bentitrés añadas, estudián de Zinquena Añada de Filoloxía Ispanica, y naxito y residén en Tauste.

O Churato **alcuerta** tamién dar as noragüenas a l'autor de a falordia ganadora y agradexer publicamén a partizipaziön de os otros concursáns.

Sin cosa más a tratar, se debanta ra sesiön.

Dato y firmato en a Ziudá de Zaragoza lo dezinueu d'abril de mil nueu-zientos uitanta v saís.

Acuse de recibo

- Jacetania, n.º 118, 119.
- Reclams, n.º 3, 4, 5, 6/1986.
- Omnium Cultural, n.º 73, 74, 75.
- CIPAJ, n.º 38, 39.
- Serrablo, n.º 59.
- Ecos del Cinca, n.º 418, 419, 420, 421, 422.
- Lluita, n.º 42, 43, 44.
- Fuellas, n.º 52.
- Castilla, n.º 27.
- Andalán, n.º 448, 449-450, 451, 452.
- Volem Viure al País, n.º 65, 66.
- ORACHE, n.º 6.
- Arfueyu, n.º 18, 19.
- País Gascons, n.º 113.
- Herria 2000 Eliza, n.º 80, 81, 82.
- Información Cultural, n.º 36.
- Adobe, n.º 4.
- Altres Nacions, n.º 8.
- Comunidades Aragonesas fuera de Aragón. Informes y documentos. Diputación General de Aragón. Zaragoza, 1986.
- Fernández Clemente, Eloy: «Joaquín Costa. Regenerar España». Colección materiales didácticos, n.º 2. Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1986.
- En Homenaje a Joaquín Costa. Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1986.
- Aragón Cultural, abril 1986. Diputación General de Aragón.

ROLDE

Revista de Cultura Aragonesa

Apertado de Correos 889
50080 Zaragoza (Aragón)

Edita: ROLDE DE ESTUDIOS
NACIONALISTA ARAGONES



Consello de Redacción: Chesús G. Bernal, Chusé I. López, José Luis Melero, Chusé Inazio Navarro y Antonio Peiró.

Alministración: José Angel García.

Redacción: Ricla, 6, 4.ª dcha. (jueves de 8 a 9 de la tarde).

Imprenta en: Cometa, S.A. Carretera de Castellón, Km. 3,400. Zaragoza.

Depósito Legal: Z. 63-1979

SUMARIO

	pág.
El laberinto del Quetzal	4
Pedro Saputo o la realidad del mito	5
La arquitectura civil de la Zaragoza del siglo XVI. Sus fundamentos históricos y culturales	8
Carta a un escéptico en materia de aragonesismo	12
Falordias d'o Semontano (V): «Lo mesache d'as tres chaquetas»	15
Homenaje a Braulio Foz	16
Poetas de Aragón	17
Don Francisco de la Torre y Sevil y su Baraja de nuevos versos, impresa en Zaragoza (1654)	19

Unas elecciones más sin opción aragonesista

EN el momento en que escribimos estas líneas nos encontramos en la mitad de la campaña de las elecciones generales del 22 de junio.

El Rolde de Estudios Nacionalista Aragones (RENA), editor de esta revista, es una asociación cultural profundamente aragonesa y nacionalista que —como ya hemos señalado en múltiples ocasiones—, mantiene con satisfacción su trayectoria totalmente independiente respecto a cualquier formación política concreta.

Ello no quiere decir, sin embargo, que no tenga muy claras sus ideas y sus propuestas de acción política: basta con hojear cualquiera de los números de esta revista para comprobar que, desde nuestro ideal aragonesista, tratamos de profundizar en nuestro ser como pueblo, y que intentamos difundir nuestras señas de identidad y la situación de postración en que nos encontramos.

Es evidente que nuestras reivindicaciones culturales implican todo un conjunto de iniciativas políticas que también solicitamos reiteradamente desde estas páginas, a lo que se ve sin demasiado éxito por el momento.

Por eso seguimos viendo con preocupación la inexistencia a nivel real de una fuerza política aragonesista y de izquierda en la que nos cabría depositar una mayor esperanza que en cualquiera de las demás existentes actualmente.

Siempre hemos dejado muy claro que no nos da igual quién gobierne: siempre nos hemos sentido identificados con las iniciativas progresistas a nivel social y político. Pero también hemos subrayado repetidamente que no renunciamos a los presupuestos aragonesistas y nacionalistas: siempre hemos solicitado una política de aragonesización, aspecto éste que parece encontrarse en otra galaxia respecto a las propuestas de todas y cada una de las formaciones políticas que concurren a estos comicios.

No despiertan, pues, en nosotros demasiada expectativa los resultados electorales del 22-J., ya que, desde una perspectiva aragonesista, los resultados —cualesquiera que sean— serán malos. Cuando leas estas líneas, querido lector, esos resultados ya se habrán producido. Y nosotros, pese a todo, seguiremos trabajando como siempre por el aragonesismo de forma decidida y sin ambigüedades.

Pero, en nuestra opinión, sería conveniente que la voz aragonesista y progresista, de izquierda, figure entre las que se oigan en comicios futuros y, si es posible, que lo haga ya en la cita electoral autonómica y local del año que viene.

El laberinto del quetzal

por José Luis Calvo Carilla*

«Llegué a creerme que el artista vive (...) por encima de su tiempo, en una cronología irreal, en suspenso sobre la dimensión de la realidad de su época»

Ana María Navales

«El laberinto del quetzal»

SABEMOS que el quetzal es un animal mítico, un pájaro que simboliza la belleza de los mortales dioses. Sabemos también que el laberinto es la imagen misma de la desdicha, de los sueños que jamás pueden realizarse. De ahí que esta reciente novela de Ana María Navales (1) sea, desde su mismo título, una metáfora de la vida a la vez que de la actividad literaria, del deseo de totalidad del creador de universos de ficción y de sus insatisfacciones.

No cabe duda de que nos encontramos ante una de las novelas más ambiciosas de la historia de la literatura. Comienzo por destacar su cuidada escritura, donde la polarización antes apuntada se resuelve en el sentimiento de la insuficiencia de la palabra para apresar la realidad. Véanse a este respecto los frecuentes apuntalamientos que consiguen las aposiciones o la siguiente parábola:

«Habían pasado cientos de años y todavía un cuento era un cuento. El buscaba la palabra y, a medida que iba investigando, se volvía afónico. Entraba en archivos fríos y polvorientos, en bibliotecas invernales y sin calefacción, leía y leía y, cada vez, las frases se hacían más cortas y las palabras también, y los silencios entre ellas muy largos, como si quisieran separarlas definitivamente para que nunca se reunieran en una misma línea. Cansado de tantos esfuerzos, se sentó en un sillón, que parecía un trono, y pasó mucho tiempo sin decir más que monosílabos, hasta que se volvió mudo y ya no sentía su garganta dolorida. Entonces, el pensamiento empezó a dar vueltas y vueltas, y, suelto su eje, como una rueda loca que sigue su camino por inercia, saltó, y fue rodando lenta, lentamente, hasta que se detuvo en seco. Al no registrar ya el cerebro ninguna actividad, murió, sin decir palabra».

Sin embargo, y al mismo tiempo, «El laberinto del quetzal» ofrece un encendido acto de fe en las virtualidades de la comunicación artística, en el exotismo y la magia del nombrar, en todas las fugas del sentido posibles de la sugerencia, en el verbo como tótem y ritual de la ilusoria fijación de los pasos ya idos.



Precisamente esta logomaquia, este duelo entre la **representación** y su **referencia**, tienen su correlato y su expresión de más aliento en la construcción de la novela. Sea porque la literatura es un sueño dentro de otro sueño, para decirlo con Borges, sea porque «El Quijote» sigue estando en pleno vigor, «El laberinto del quetzal» nos sitúa en una **movilidad referencial** que oscila incesantemente entre la seguridad de lo conocido y la inseguridad de lo desconocido, en un juego de espejos que se reflejan mutuamente: el sueño y la realidad, la vida y el arte, el pulso cotidiano y su redoble mítico, simbólico o cabalístico. El resultado es la creación de un héroe de mil rostros que vive en todos los espacios y en todos los tiempos posibles.

Semejante concepción del universo novelesco, a la fuerza nos tenía que venir regida por leyes desconocidas, o mejor, supone, en el más comprensivo de los casos, una escandalosa transgresión de la legalidad espacio-temporal vigente. Se trata de espacios y tiempos sorprendentes, de aplicadas representaciones de lo otro en sus múltiples caras,

que pretenden superar el mapa imaginario tradicional (aunque para un sicólogo o un mitólogo a lo mejor sólo logran enmascararlo) a fin de ampliar el universo mental en todos los sentidos. Para seguir diciéndolo con Vicente Risco, empeños como el presente reivindican el principio de la libertad de invención, que es también el de pensar y sentir, el de experimentar. Así lo confirman también —en un nuevo guiño cervantino— los papeles de Emilio, que equiparan imaginación y libertad y que suponen una obsesiva persecución del texto ideal (e incluso del lector ideal) para ir destejiendo desazonadoramente las ilusiones, ya que el mejor texto es el que todavía está por escribir y probablemente nunca será escrito.

La misma extraterritorialidad del yo, víctima del desconcierto de su entidad originaria, en orfandad de una cosmogonía explícita, apoya esta ambigüedad referencial de la que hablo: él es todos los seres y ninguno, el sueño de durar, Icaro y el Judío Errante.

Ana María Navales ha ensayado, pues, una novela total, en la que la cotidianidad amplía sus fronteras en la *terra ignota* de lo maravilloso. Excelente conocedora de su oficio, ha alardeado airoosamente de sus habilidades en la construcción de su obra, pero quizá ambas afirmaciones estén fundadas en última instancia en una única y perdorable incongruencia de nuestra escritora: a pesar del quetzal y de su laberinto, sigue creyendo en la literatura como posibilidad de libertad y trascendencia humanas. Algo así querría decir Proust cuando escribía que sólo mediante el arte podemos salir de nosotros mismos y tener a nuestra disposición tantos mundos y tan diferentes como los que giran en el infinito. Por lo demás (Borges de nuevo), todavía ignoramos si el universo pertenece al género real o al fantástico...

(1) Ana María Navales: «El laberinto del quetzal». Ediciones Albatros y Ediciones Hiperión. Madrid, 1985 (Premio de novela «Antonio Camuñas»).

(*) José Luis Calvo Carilla es catedrático de Literatura en el Instituto de Borja.

Pedro Saputo o la realidad del mito

por Teresa Claramunt *



1. — Pedro Saputo, personaje de la tradición

Entre la tradición, el folklore y el mito se debate este popular personaje del que todos, en alguna ocasión, hemos oído contar alguna hazaña curiosa, no por heroica sino por ingeniosa y divertida.

Algo tiene de mitológico este vecino de Almodévar y ya don Francisco Ynduráin y su hijo Domingo lo han hecho notar en su reciente edición de Cátedra: unas coordenadas temporales totalmente difusas, imprecisas y un final abierto en el que Saputo desaparece por siempre jamás de las páginas de la novela. La incertidumbre acerca de su cuerpo y de su alma le hacen inmortal. El autor no acabó con él y tampoco lo ha hecho el pueblo. Pedro Saputo sigue vivo en la memoria de las gentes. Y sigue vivo no como personaje de fábula, ni de historia literaria, sino como hombre de historia real y verdadera. Así se nos presenta también en las páginas de la novela. Ya rastreó Ynduráin su presencia en la tradición, pero Braulio Foz se encargó de convertir a ese personaje del folklore comarcal en personaje histórico (salvadas las imprecisiones temporales mencionadas). Veamos cómo el narrador —cuyas intervenciones son valiosísimas— da carta de historicidad a nuestro personaje. En el capítulo XIII, libro tercero, cuando se nos habla de la comisión de los tres higos, dice:

Ha de saber el lector, que un autor extranjero ha quitado a Pedro Saputo el hecho y la comisión de este capítulo, para darlo a un personaje arrapiezo que jamás ha existido, y a quien finge una vida y aventuras tan enatizas como la persona. (1)

El hecho de que ese usurpador sea alguien que jamás haya existido y que por añadidura tenga una vida inventada, fingida, me parece fundamental para determinar, en contrapartida, la existencia real de Saputo y la historicidad de la novela. Hay que añadir que líneas más arriba el narrador arremetía contra los historiadores como clase especial de ladrones a propósito de la atribución de tal episodio a otro personaje. Por lo tanto, si los historiadores

eran los culpables de que un tal suceso fuera borrado del *curriculum vitae* de Pedro Saputo, automáticamente éste se convierte en personaje histórico.

Lo paradójico del caso es que cualquier lector puede reconocer la chanza de los tres higos como cuentecillo folklórico de carácter tradicional. Y esta paradoja se da en múltiples ocasiones a lo largo del libro, al atribuir a Saputo el protagonismo de acontecimientos que en absoluto nacen con él sino que forman parte del fondo común del folklore internacional.

Podemos seguir constatando la existencia real de Saputo cuando al final de la obra entra en escena un impostor, recurso claramente quijotesco que pretende poner de relieve la autenticidad del Saputo que todos conocemos a través de las páginas de Foz.

Quizás lo más significativo de todo este entramado histórico-mítico, folklórico y tradicional no sea tanto la utilización de cuentecillos y otros eventos de carácter folklórico sino cómo éstos están utilizados. Ya hemos visto que Pedro Saputo es el protagonista de este conjunto folklórico; consecuentemente, todo toma cuerpo real a partir de él. El folklore se hace historia. Y se hace historia porque el hijo de la pupila es un personaje histórico, como hemos visto; al menos pretendidamente histórico. El está fuera del tiempo pero a su vez se convierte en tiempo porque todo *es* después de él. El propio personaje es consciente de ello. El mismo se instituye en carne de tradición:

Si todo lo que he visto y me ha sucedido hubiera de referiros circunstancialmente, en un mes no acabaría. Pero algunas cosas particulares las iré contando a los amigos y ellos las contarán a otros y así las sabrán todos. (pág. 223)

Estas palabras son a la vez un justificante de la estructura interna de la novela, cuyo autor, no pretendiendo abarcar todo, se cura en salud a sabiendas de que el pueblo hará el resto.

Las gentes de las cercanías de Almodévar conocen a Saputo sin haber leído a Foz. Pero los que han leído a Foz sin conocer antes a Saputo han podido creer en su verdad histórica porque el autor ha sabido darle visos de autenti-



ciudad ya desde el título: esa *Vida de Pedro Saputo* nos hace pensar en esas otras vidas de personajes ilustres que han pasado por nuestras imprentas.

2. El material folklórico

El cuento folklórico es sin duda alguna el material básico con el que está construida la novela. El cuento, como narración corta, de transmisión básicamente oral y colectiva, es un fenómeno en vías de extinción en nuestra sociedad postindustrial. Sólo los núcleos rurales conservan algunos buenos narradores y el público queda reducido a los niños, cuando existen como tal público. No así en la sociedad decimonónica que conocía Braulio Foz, donde el cuento formaba parte de la vida social en núcleos reducidos, como ahora lo forma la televisión y en su momento la radio. Es interesante destacar el testimonio lingüístico en algunas de estas narraciones, una nota más del realismo con que pretende ser contada esta historia inventada.

Observemos cómo ha variado la mecánica del cuento en Pedro Saputo; nosotros leemos sus cuentos, sus aventuras, pero sus contemporáneos los oían:

Preguntáronle ansiosamente dónde había estado y qué había hecho en tanto tiempo, y él respondía que correr mucho, y prometiéndoles cuentos largos para más de espacio. (pág. 125)

Aquí «cuentos» es sinónimo de «aventuras contadas». El cuento se instituye como modo de transmisión de experiencias, de sabiduría en definitiva. Nosotros también somos, indirectamente, receptores de esos cuentos. Ya en las ediciones anteriormente citadas de Francisco y de Domingo Ynduráin se han rastreado en el folclore algunos cuentos de la novela. Vamos a ver aquí varios motivos más.

Muy interesante resulta lo que aconteció al caballo de Roldán, el cual, en un gigantesco salto de una peña a otra perdió «las sobras» en el río Flumen «por arte y maleficio de un encantador». Tras el recorrido de afluente en afluente, llegada al Ebro y desembocadura en el mar «fueron las piezas a parar a la ribera de Africa entre dos cabrahigos». Allí, nos cuenta Saputo, nació una mata que sacó tres flores, una blanca, otra negra y otra morada. Las flores fueron comidas por una yegua que parió tres caballos de esos mismos colores. Pues bien, éste es el cuento, y como motivos folklóricos entreverados podíamos distinguir básicamente dos:

a) Animales procedentes de partes del cuerpo transformadas (A. 1724) (2).

En este caso los genitales han sido transformados en planta.

b) Concepción por comer flores (T. 511.4) (3).

El cruce de unos motivos con otros es rasgo característico de la transmisión oral y del carácter creador del pueblo. Lo elemental está ahí, en el fondo común; lo propio de la cultura de cada grupo nace de la combinación de esos elementos.

Otro motivo interesante lo tenemos en el pito de ese Saputo-tuno; ese pito, del que pregona grandes poderes, entra a formar parte de todos esos objetos mágicos que conoce la tradición folklórica, plagada de varitas y flautas, pero también de pitos (D. 1.225) (4). Sin embargo, lo que nos interesa poner de relieve es la ironía con que lo mágico del objeto está tratado. Tiene la virtud de «adormir los muertos, despertar a los vivos, alegrar al que tiene ganas, y volver el pelo a los ciegos, la vista a los calvos, y el oído a los cojos...» (pág. 141). Es evidente que, si lo folklórico estuviera usado como tal, nunca hubiera podido haber este distanciamiento. Braulio Foz se inspira en la tradición, sí, pero hace de esta tradición algo nuevo, la reinventa.

Por último, una de las observaciones que a mí siempre me gustó más de Pedro Saputo es aquella que le hiciera a su maestro cuando aprendía a ser pintor:

Quería decir a vuestra merced que el cuervo debe pesar tanto como una gallina o poco menos; y de razón había de hacer inclinar este sarmiento suelto, y vuestra merced le ha pintado tan tieso como si fuese de acero o el cuervo estuviese fofo. (pág. 67)

Tengo ligeras sospechas de que esta observación es también un motivo folklórico. No he podido o no he sabido encontrarlo en los índices internacionales de motivos folklóricos, pero recuerdo haberlo leído en el inmortal TBO en una monohistorieta que venía en la página dos, cuyo protagonista, como muchos recordarán, era Altamiro de la Cueva.

El esquema del hecho responde al motivo J. 1210 (5): un hombre sabio, lúcido, deja a otro desconcertado. Porque, evidentemente, el maestro se queda atónito ante la observación del discípulo.

Si nos paramos a pensar, cabe la posibilidad de reducir la totalidad de las aventuras de Pedro Saputo a este esquema folklórico del sabio que con su lucidez deja turbado a su público (individuos unas veces, colectividades otras). Así ocurre con sus maestros cuando aprende en la escuela, de sastre, de pintor, de músico... o ante su pueblo, cuando les resuelve innumerables problemas, ante el rey con la historia de los tres higos, etc.



El esquema sabio/tonto está casi siempre en función de la comicidad. Sin duda, la *Vida de Pedro Saputo* es ante todo una obra divertida, agradable de leer, con más aciertos de los que sus versiones televisivas hacen sospechar.

Y si, como hemos visto, el material folklórico es básico en la novela de Foz, el conjunto, en cambio, no resulta una obra atomizada, de colección de aventuras y relatos folklóricos, sino que todo en ella está perfectamente trabado.

3. — Coherencia estructural

No aprende Pedro Saputo en vano múltiples oficios ni esta faceta de su vida se debe sólo a un mero afán de poner en relieve su potencial sabiduría. Como el hilado a la Celestina, los varios sabedores permiten a Pedro introducirse en diversos ambientes. Como pintor, unas veces, se establecerá con los frailes, dándole ocasión para criticar ese mundo. La aventura de pintor le propiciará la huida del convento de los frailes y su decisión de disfrazarse de mujer e ingresar de novicia, como Geminita. Geminita es uno de los disfraces más conocidos de Pedro Saputo y el que de alguna manera, a través de Paulina y Juana, que resulta ser su cuñada, persiste hasta el final. Paulina y Juana, sobre todo ésta, son otros elementos de unidad en la obra.

Como músico tendrá posibilidad de alternar con su bien amada Morfina, como sastre tendrá ocasión de conocer a una muchachita en Barbastro a la cual tendrá oportunidad de volver a hablar de mayor, y así sucesivamente.

Es de destacar que la novela presenta una serie de claves internas que dan coherencia a todos esos materiales que en un principio pudieran resultar dispersos.

Temeroso Pedro Saputo de haber dado muerte a Fray Toribio con aquel guijarro que le arrojara, determina ingresar de novicia para escapar de su imaginaria persecución. Pero he aquí que más adelante tiene noticia de la suerte del fraile, quien tuvo que curar durante un mes, lleno de briznas y fajas. Así se ve capaz de regresar a su pueblo y entrar en Huesca sin peligro alguno.

La estancia de Pedro en palacio resulta muy agradable a su majestad el rey. Por ello nadie sospechó que las cartas llegadas supuestamente de manos del rey fuesen una traición. Algo de unas cartas ya se menciona estando Saputo en la corte:

Ve pues a tu tierra. Pero cuando estés para partir, entrarás, que has de llevar unas cartas mías y un encargo de palabra a aquel mi vi-rrey y capitán general.



Estas cartas son, evidentemente, anuncio de aquellas otras que al final propiciarían la definitiva desaparición de nuestro protagonista.

Pero aún tenemos más claves en este relato. Yendo Paquito —que así se llamaba entonces— con los tunos, se comenta la liberalidad de ciertas personas con velada identidad, superando su agasajo monetario al que hiciera don Severo, padre de Morfina. Sólo al final sabemos que una de esas personas es el propio padre de Saputo quien descubre su donativo al revelar la historia de su vida:

...y bien podrás acordarte que de una sola mano hubisteis treinta y seis escudos de plata, y no supisteis de quien venían. (pág. 302)

A todo ello podríamos añadir los múltiples presagios que a propósito de su linaje se hacen en toda la novela, siendo, efectivamente, Pedro Saputo hijo de un noble, don Alvaro López de Lúsera, identidad que no se revela hasta los capítulos finales, pero que viene anunciándose subrepticamente a lo largo de toda la obra.

Folklore y tradición, mito y realidad, se conjugan en esta novela de modo que nos hacen pensar en una sabia elaboración de todos estos elementos sin que el material recogido dé lugar a una pura miscelánea, sino más bien a una novela bien trabada.

Notas:

- (1) Braulio Foz, *Vida de Pedro Saputo*, Barcelona, Ed. Laia, 3.ª ed., 1984, pág. 259.
- (2) Esta nomenclatura pertenece a los índices internacionales registrados en la obra de S. Thompson, *Motif-index of folk literature*, Bloomington, Indiana University Press, 1966, 6 vols.
- (3) *Ibidem*.
- (4) *Ibidem*.
- (5) *Ibidem*.

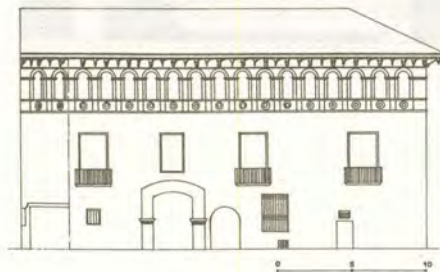
* Teresa Claramunt es licenciada en Filología Hispánica. Actualmente investiga sobre temas de folklore y literatura oral.



Los dibujos que ilustran este artículo son originales de Victor M. Lahuerta y fueron publicados en la revista *Zaragoza*.

La arquitectura civil de la Zaragoza del siglo XVI. Sus fundamentos históricos y culturales

por Carmen Gómez Urdáñez *



Casa de la calle San Jorge, n.º 12 y 14.
(Desaparecida)

La arquitectura civil del siglo XVI, de Zaragoza y de Aragón, es, como el mudéjar o como Goya, una «vedette» de la historia del arte aragonés. Su peculiaridad y su riqueza no han pasado nunca inadvertidas y, con justicia, ha sido considerada como una de las manifestaciones artísticas de más interés de las producidas en el viejo reino, y como una página importante del desarrollo histórico de la arquitectura teniendo en cuenta fronteras más amplias.

SIN embargo, el reconocimiento de sus caracteres más evidentes en las numerosas obras de esta naturaleza y época que subsisten, y la admiración de sus valores estéticos, son los únicos aspectos legados por la historiografía tradicional que mantienen hoy su validez, y, por supuesto, son insuficientes para conocer el tema en profundidad.

No voy a intentar resumir aquí la multiplicidad de cuestiones que existen en torno a las construcciones civiles del momento, ni siquiera a merodear por las más importantes o sugerentes. Considero más urgente que una presentación de los detalles tipológicos, técnicos y artísticos de los edificios, la definición de las coordenadas desde las que han de ser valorados y comprendidos, de los fundamentos históricos —en su más amplio espectro— que dieron lugar a estas creaciones. Algunos de ellos fueron trastocados en una antigua y escasa bibliografía cuya obsoleta y parca visión ha perdurado hasta hoy; otros, a los que quizá no debiera ni hacer referencia, son deformaciones populares —no profesionales— fruto del desconocimiento y del escaso respeto de que goza una ciencia llamada Historia en determinados círculos cuyas opiniones trascienden produciendo confusión donde sólo debiera existir el vacío que espera paciente el resultado de una investigación seria. También, claro está, hay aspectos que nunca han podido ser planteados hasta llevar a cabo una profundización en el tema, el mismo medio que ha servido para modificar ciertos puntos de vista preexistentes.

sisten en la ciudad en el justo marco que tuvieron. Hoy son un reducido grupo, de algo más de media docena, los que mantienen su estructura o restos significativos. Casi todos ellos son, bien construcciones de envergadura, bien notables por su riqueza ornamental.

Su escaso número y la calidad de lo conservado han sido la causa de la consideración tradicional de los edificios de la época como obras de arte aisladas cuyo interés se cerraba en sí mismos.

Pero junto a estos edificios y a otros sobresalientes desaparecidos existió un caserío homogéneo de una categoría media elevada que hizo de la Zaragoza del siglo XVI una de las ciudades más bellas de la península, equiparada por los contemporáneos a la Barcelona que aún conservaba la estela de su brillante etapa bajomedieval. Navagero, Guicciardini y otros viajeros que conocieron la ciudad en el siglo XVI elogiaron la hermosura de sus casas; Gaspar Barreiros consideraba que ninguna ciudad hispana las tenía mejores, y para E. Cock y B. Yoli Zaragoza era también la ciudad más adelantada de las de la península en la **grandeza y gala** de su caserío.

Labaña y otros personajes continuaron sus alabanzas a los edificios antiguos de la ciudad en las centurias siguientes. Y aún en el siglo XIX, cuando se inició una nueva remodelación profunda de la ciudad, Carderera podía decir: «hasta pocos años ha, Zaragoza, sin contar varios edificios públicos de los que aún existen algunos, conservaba tal número de casas o moradas magníficas cual no se ha visto en ninguna ciudad de la península».

La Zaragoza de la Edad Moderna, el conjunto monumental en que quedó caracterizada la ciudad y al que este autor todavía se refería en 1866, desapareció enseguida a partir de mediados del siglo XIX y hasta comienzos del XX por la expansión



Techumbre de la sala de la casa de Juan Francisco Pérez de Coloma, Secretario Real.

¿Monumentos? El caserío de Zaragoza

En primer lugar es básico y sustancial situar los edificios que sub-

de un nuevo tipo de vivienda urbana que sustituyó a las casas anteriores como éstas habían hecho con las medievales en la etapa floreciente que vivió la **capital** en el siglo XVI. Pero el análisis de la documentación de las épocas en que se produjeron ambas transformaciones permite recuperar la configuración de la ciudad de ese período brillante de su historia y constatar la veracidad de los testimonios citados.

Así pues, en Zaragoza, en la decimosexta centuria, no es que se construyeran varios o muchos **palacios**, sino que se produjo una intensa renovación del caserío de la ciudad bajo presupuestos arquitectónicos homogéneos, que forman lo que se ha llamado «tipo aragonés de casa». Con ellos se definieron no sólo edificios de entidad sino todo un conjunto urbano notable que caracterizó a la ciudad durante dos siglos.

Junto a esta cuestión, también fue significativa hasta cierto punto la actividad municipal para mejorar los espacios públicos y aminorar los inconvenientes heredados de épocas pasadas. Todo ello hizo que la Zaragoza del siglo XVI se convirtiera en objeto de la admiración de los que la conocieron.

¿La nobleza? Los grupos urbanos

Ligado a la deformación producida por los aislados ejemplos que superaron la extensiva destrucción impuesta por la necesidad de la adaptación de la ciudad a los nuevos tiempos, y también por una actitud conservadora tendente a destacar las grandezas del pasado a través de excepcionales personajes impulsores de la construcción de enjundiosas moradas, se encuentra otro error de apreciación tradicional: el que relacionaba la notable arquitectura civil de la época con la nobleza, **élite** social a la que se atribuía el papel principal en la creación de lo más significativo de este campo artístico.

La realidad fue otra. La nobleza tuvo una escasa significación en esta renovación arquitectónica, como no fueran los caballeros e infanzones **de privilegio**, que formaban uno más de los grupos sociales urbanos, y, en esencia, no se distinguían del resto ni por sus actividades económicas ni por su modo de vida. La alta nobleza no se instaló en Zaragoza hasta fechas avanzadas, cuando había culminado lo mejor de las creaciones artísticas que nos ocupan. Sus palacios, construidos sin prescindir de los usos habituales en la ciudad, destacaron en todo

caso por otros aspectos, cuyo estricto perfil es complejo y no cabe abordarlo en esta escueta presentación.

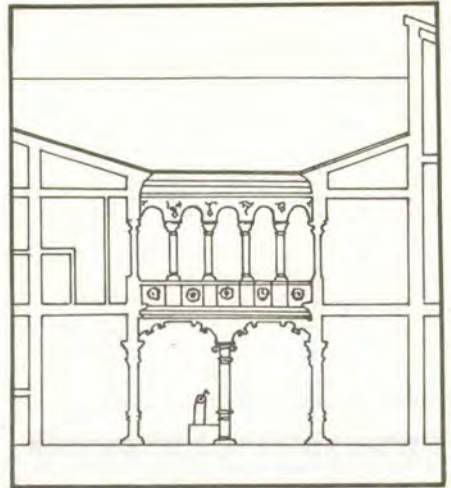
Fueron mercaderes enriquecidos, cargos de la administración y ciudadanos, en buena parte conversos, que supieron aprovechar la coyuntura de una floreciente situación, y aun artesanos, favorecidos por el dinamismo económico de la centuria, quienes, a la vez que convertían a Zaragoza en un foco comercial, cultural y político ineludible, hicieron de ella una de las más hermosas ciudades de la península.

Los viajeros del siglo XVI dan testimonio de este hecho, incluso con la contundencia de B. Yoli, quien transmite la siguiente impresión: «en Zaragoza las casas son tales para los particulares, que un artesano está allí mejor alojado que uno de los primeros señores en el resto de España»

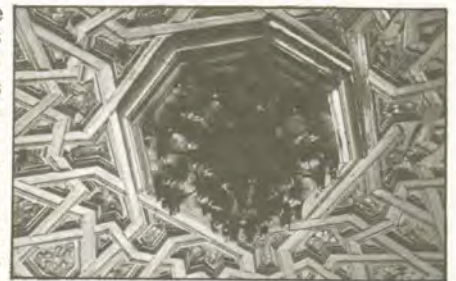
¿Palacios? Casas

Otra deformación que se ha hecho extensiva es la aplicación inexacta desde el punto de vista histórico del término «palacio». Hoy se utiliza como calificativo paralelo de grandioso, de excelso, pero incluso en este sentido los límites difusos de su aplicación actual cuentan con una reminiscencia que tiene su origen en el contenido político de la palabra. Este se ha perdido, al desaparecer también las circunstancias en que se empleaba con propiedad, pero en el siglo XVI esas circunstancias existían —aunque es precisamente en esta época cuando se producen situaciones ambiguas muy interesantes—, y los términos «casa» y «palacio» tenían su significado particular. Veámoslo con algunos casos concretos, que también explican la evolución de este aspecto.

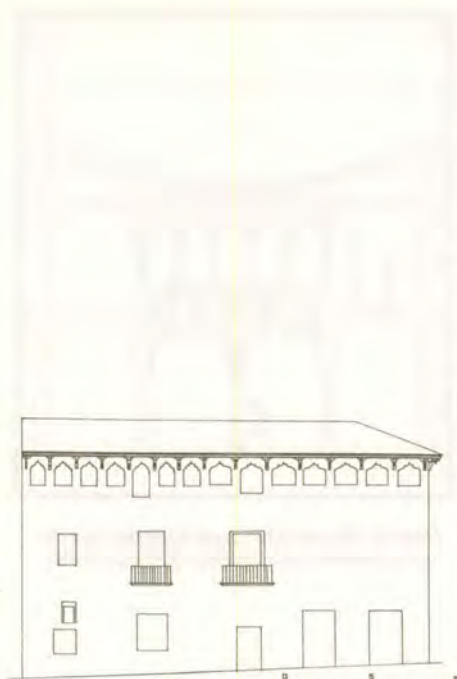
Ya se ha dicho que la alta nobleza aragonesa, los nobles **a natura**, de las principales casas del reino, se instalaron en la ciudad en fechas avanzadas de la centuria. Antes tuvieron posesiones urbanas y **casas** para su residencia en la capital que recibían ese nombre aunque tuvieran la categoría arquitectónica de las de los Duques de Villaherrosa, iniciadas en torno a 1510 en la calle de Predicadores y embellecidas en años sucesivos. Ese espléndido edificio era su **casa** de Zaragoza, pero el **palacio** de Pedrola, es decir, de la cabeza del Estado familiar, seguía siendo su residencia principal. También los Condes de Aranda tuvieron **casa** en la ciudad, e igualmente su **palacio** estaba en una de las poblaciones de su señorío, en Epila.



Casa de Miguel Velázquez Climent, converso y protonotario del Rey. (Desaparecida)



Techumbre de una de las **cámaras** de la casa del converso, erasmista y jurista Miguel Donlope.



Casa desaparecida de la calle La Luna, esquina Torre Nueva, en 1861.

Al parecer, desde 1541-1550, el Conde de Belchite fijó ya su habitación en Zaragoza, para lo cual adecuó oportunamente un edificio; años más tarde diría E. Cock: «tiene su palacio en Zaragoza, su Estado en Aragón».

Los Condes de Morata utilizaban en la **capital** la casa de la plaza del Justicia que fue de Juan de Lanuza, Virrey de Sicilia, y que heredaron después a través de ciertos enlaces matrimoniales, hasta que en 1551 Don Pedro Martínez de Luna emprendió la obra de sus **casas principales** en el Coso. Este término, el de **casas principales** o **casas de habitación** es el apropiado para designar las viviendas urbanas (**principales** y **de habitación** especifican que es la que usa el propietario, que puede poseer otros inmuebles en la ciudad); el de **palacio** que utiliza Cock podía ser empleado en los círculos de la nobleza, aunque su sentido como indicativo de la casa del señor no tuviera ninguna base real aplicado a la ciudad. Las connotaciones políticas que podían traducir ciertos signos arquitectónicos, como los que existen en la importante casa del Conde de Morata, eran ya otras.

¿El Renacimiento italiano? La tradición

En torno al llamado «tipo aragonés de casa» (por evitar ya el término específico de palacio, cuyos problemas acabo de describir) se han planteado tradicionalmente algunos interrogantes. Uno de ellos atiende a una cuestión global que ha sido no ya mal resuelta sino mal enfocada. Se trata del origen y filiación de esta casa característica, temas ambos abordados con esa estricta divergencia, aplicando cada uno a un asunto distinto.

El origen ha sido un problema dirigido sobre todo a explicar un elemento concreto: el **mirador** (1); la filiación, relación o dependencia se contemplaba para algunos factores característicos como la sobriedad y contundencia de las formas y las proporciones **tan clásicas** que presentaban los exteriores de los edificios.

Pero el origen y la filiación, como el **mirador** y el resto de los aspectos de las casas, han de plantearse unidos. Por otra parte, un análisis profundo de la cuestión no puede aceptar las respuestas que se han ofrecido, mantenidas de una manera u otra desde comienzos de este siglo hasta hoy, sin que esto quiera decir que el tema haya sido resuelto ahora absolutamente.

Lo que sí es claro es que el **mirador**, el elemento más expresivo de los exteriores de las casas, y el más elocuente de los que caracterizan la arquitectura civil de gran parte del reino aragonés de esta época, no es algo tomado en préstamo de la arquitectura militar, como se ha indicado reiteradamente al plantear su posible origen —entre otras sugerencias aún menos claras—. La teoría de que el cerramiento de las almenas de las construcciones fortificadas diera la idea del coronamiento característico de las viviendas, no reviste un mínimo contraste con la realidad. Este, por el contrario, conduce a una conclusión opuesta.

Ciertamente hay casos de transformación de la alternancia de las almenas y merlones en la de los **pilares** y huecos del **ventanaje del mirador**, como es el del castillo de Jarque (obra documentada en 1508) —aunque no para modificar el aspecto de la parte alta de la fortaleza, donde se volvió a repetir la forma de culminación anterior sobre el mirador nacido de la estructura aprovechada—.

Del mismo modo, bajo almenas, se insertaba, muy probablemente en 1509, una secuencia de arquillos en el castillo de Calatorao.

Ambos ejemplos, los únicos conservados que ilustran la transformación del coronamiento de fortalezas, evidencian que el **mirador**, la fórmula exitosa de animación de los exteriores de las casas, se introdujo casi a la fuerza en un conjunto que seguía teniendo sus connotaciones de casa fuerte, símbolo del señorío de las poblaciones rurales.

Si la existencia de almenas en la terminación de castillos y fortalezas pudo ser una sugerencia para el nacimiento del **mirador**, no fue una inspiración directa, encauzada y aplicada al paso primero y más evidente. Y comprobar si esta asociación —una cuestión puramente espiritual— fue un hecho, no será nada fácil.

En realidad, todo parece indicar que el **mirador** surgió en los edificios de tipo civil. En ellos es donde constituía una solución elemental y lógica a los problemas técnicos de la construcción y donde cobraba sentido su aspecto exterior.

En los edificios militares, a la vista de los conservados y de los conocidos por otras fuentes, cuando se introdujo el **mirador** éste había ya sido definido en el caserío común. Incluso su adopción generalizada fue más bien tardía, coincidiendo con la expansión de un tipo ya evolucionado: el de resaltes en pilares y **pilares** y de huecos doblados.

Fueron las viviendas urbanas las que ofrecieron lo mejor de su imagen abierta para realizar los reto-

ques con que actualizar los viejos baluartes rurales.

Sobre el tema tan interesante del mirador existen otras numerosas cuestiones que no es oportuno considerar aquí. Pero una de ellas, la de su geografía, las zonas en donde — con variantes— se utilizó, que alcanzan a los reinos mediterráneos de la Corona de Aragón y a Italia, permite enlazar con otro malentendido sobre la arquitectura civil calificada de aragonesa: el de su dependencia del vigoroso movimiento artístico que se produjo en Italia, el Renacimiento.

La decidida relación que se estableció entre los «palacios» zaragozanos y los florentinos del **Quattrocento**, en todo caso no tiene que ver con la asimilación directa de los modelos de la península vecina. En este punto es preciso distinguir lo que fue el antiguo cauce cultural del Mediterráneo (y tener en cuenta también los contactos permanentes entre los reinos de la Corona de Aragón, cuya agrupación política generó una relación constante), de la transmisión del Renacimiento italiano durante el siglo XVI.

La adopción de la moda de ese potente foco artístico fue lenta, parcial y casi siempre superficial, aplicada a elementos muy localizados y fáciles de transmitir a través de dibujos y grabados, como portadas, columnas o cornisas. Estos alardes de **modernidad** no alcanzaron a modificar los usos locales y, en definitiva, los ambientes acostumbrados.

Sin embargo, la arquitectura civil de Zaragoza evolucionó adaptándose a nuevas exigencias sociales y a nuevos gustos, que surgían de la propia situación zaragozana, una situación que —salvando distancias y matices— presentaba rasgos generales similares a los que caracterizaron la primera etapa de la Edad Moderna en otras zonas y países europeos. Y las manifestaciones artísticas fueron en consonancia con el resto de los factores del período.

¿Los mudéjares? Una larga convivencia cultural

Para terminar, es inevitable una referencia a otra cuestión de problemática manipulación en esta época de intensas modificaciones artísticas y culturales, y de importantes cambios en relación con un factor de gran peso en la arquitectura de Aragón: los mudéjares.

Antes y después de la conversión de el porcentaje de la mano de obra de esta minoría en el total de la dedicada a la construcción en Zaragoza fue muy elevado.

Pero es preciso tener en cuenta que, si bien esta circunstancia es sumamente elocuente, no es definitiva para valorar la trascendencia de las peculiaridades de tradición musulmana en las obras que se contemplan. Estas peculiaridades formaban parte de las manifestaciones

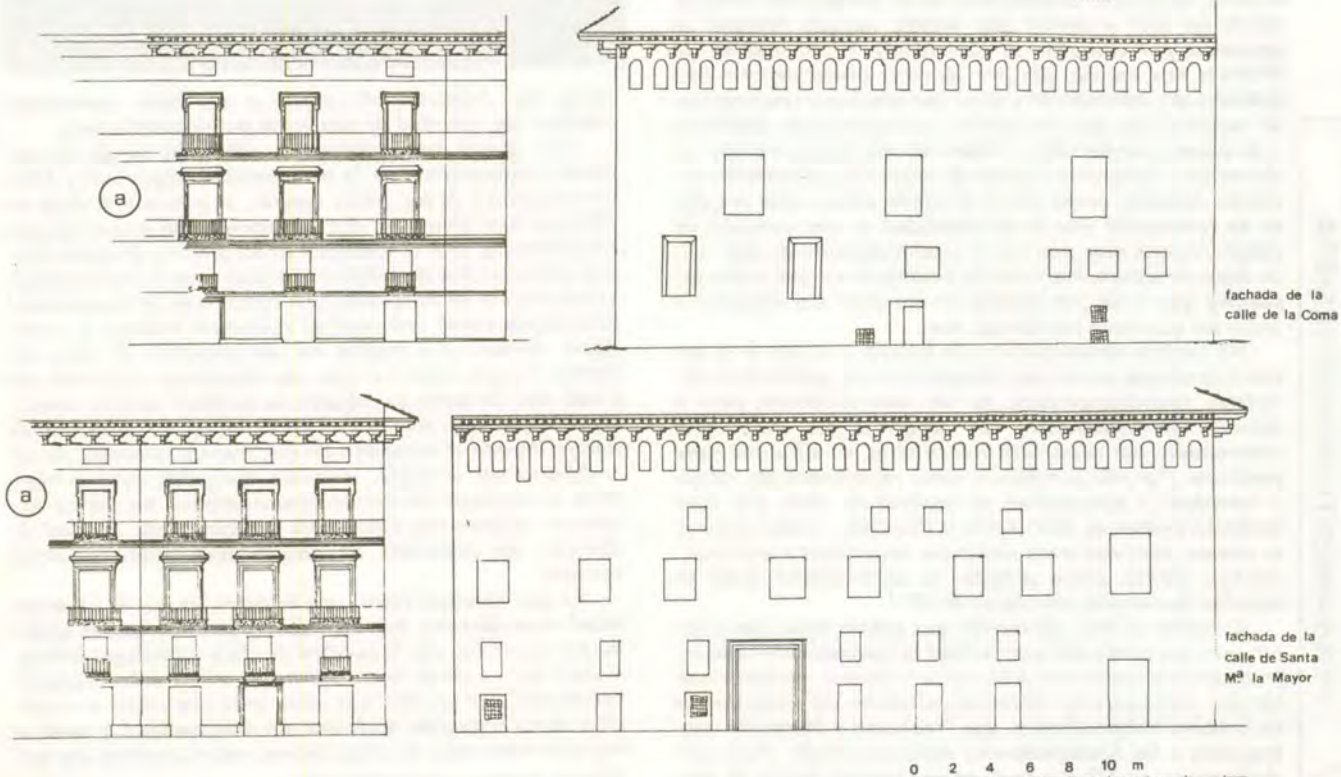
artísticas de la ciudad desde hacía cuatro siglos y, lo mismo que otros muchos aspectos, eran indisolubles del resto de los factores que formaban su rica realidad cultural. Los alarifes mudéjares o moriscos y cristianos dejaban constancia con sus obras de que las aportaciones de una u otra comunidad no eran ya un patrimonio particular. Todos ellos se adaptaron a las nuevas tendencias y crearon una de las más espléndidas expresiones artísticas de nuestra historia.

Notas:

(1) Es preciso aclarar que este término es el que se usa en el siglo XVI para definir a la llamada galería de arcos; es el apropiado no sólo por respetar la palabra originaria sino porque tiene un contenido más amplio, menos superficial que el de galería. El primero alude a una estructura y a una parte de la casa, mientras que el segundo responde sólo a la definición de una disposición formal.

* Carmen Gómez Urdáñez es profesora de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza. Autora de una tesis doctoral sobre la arquitectura civil zaragozana durante el siglo XVI.

Casa del converso y tesorero real Gabriel Sánchez, y la reforma de su exterior en 1860.



Carta a un escéptico en materia de aragonesismo

«...duerme el fuego bajo la ceniza»

(F. Pi y Margall)

Querido amigo:

No, esta vez no me equivoco con esta orientación machista. La mujer, por lo general, tiene más claro el valor de la tierra en que nace, vive, nacen sus hijos, ama y muere; tiene menos pudores para mostrar los grandes sentimientos. Me dirijo por eso a ti, conocido o desconocido aragonés —de nacimiento o convivencia, que tanto montan y aun más ésta que aquél en la mayor parte de los casos—, paisano, maño, palabra hoy en retroceso por su asimilación al chusco baturrismo, pero que quiere decir cómo en tiempos se trataban y deberíamos volver a hacerlo otra vez los aragoneses: de hermano, hermana.

Quiero también dejar despejado de una vez por todas que no caeremos en la trampa lingüística de andar por la cuerda foja que separa las palabras nacionalismo y regionalismo. En cierta ocasión memorable, en el primer mitin que hubo en Aragón desde la Guerra Civil, en la tensa primavera del 76, dije bien claro (y aunque ni mis compañeros estaban de acuerdo en el tema y la forma de tratarlo) que no es asunto de palabras, pero que si para que Aragón sea respetado y tratado no más que otros pueblos de España, pero tampoco menos, es preciso, nos llamaremos nación. Más razones que otros tenemos, aunque de poco serviría aquí esgrimir las si el pueblo las duerme.

Como ha señalado Rustow, «la nacionalidad, como cualquier otra forma de lealtad, es una cuestión de grado, es decir, un pueblo determinado en un tiempo determinado puede ser más o menos una nación, aunque ninguno se aproxime por completo al tipo ideal». Efectivamente, la Historia nos enseña que por diversas circunstancias hay lealtades que permanecen y otras que quiebran, sentimientos de nacionalismo que prevalecen a persecuciones, diásporas y divisiones territoriales, y tibias adscripciones, incluso resistencias a integrarse a pesar de aparentes coherencias internas. Además, como insiste el citado autor, «una vez que se ha reconocido que la nacionalidad es una cuestión de grado, se gana muy poco en el establecimiento de una rígida línea de separación y con la insistencia en que todos los pueblos que están por encima de esa línea son naciones y todos los que estén por debajo, no».

No querría desanimarte en la lectura, y sé que si la iniciaste es porque, en tu caso, escepticismo no quiere decir desinterés, sino desesperanza, no ver claro el camino, pero sí desearlo fervientemente. Me dirijo a los aragoneses preocupados por cómo articular su serlo, no a los que nada preocupa. Por ello la reflexión será, necesariamente, larga, y compleja, y apoyándose en muletas de citas, que aquí andamos pobres en teorización y discusión. Acaso algunas te suenen, pues este texto reelabora viejas ideas y palabras, escritas, dichas, acaso gritadas en algún lejano mitin de aquellas ilusionadas elecciones de 1977.

Y vuelvo al hilo, afirmando que quizás haya que aceptar —en esa gradación que facilita la concepción— una referencia en nuestro caso a las *kulturationen*, naciones culturales, comunidades histórico-culturales no constituidas en Estados independientes, que Neumann y Meinecke contraponen a las *Staatsnationen*, naciones-estado. Pero, evidentemente, es difícil y no sé en qué sentido habría de bus-



carse, dar definición de nación a una mera comunidad cultural, sin voluntad de existencia política autónoma.

Pero donde quiero insistir es, más bien, en que la moderna configuración de la nacionalidad, según sobre todo los estudiosos de los «mass media», se acerca a la dada en 1953 por Karl Deustsch: «La nacionalidad no es una característica innata, sino el resultado de un proceso de aprendizaje y de formación de hábitos». Es decir, que la nacionalidad es un proceso de búsqueda, una conciencia de singularidad proyectada como voluntad de existencia política o, como dijera Renan: «La nation est un plébiscite de tous les jours». Lo que ocurre es que, por desgracia, «el pueblo no puede decidir hasta que alguien ha decidido quiénes constituyen el pueblo», ironizaba Ivor Jennings. Es decir, nunca parece llegado el momento de que nuestra voluntad de ser —difusamente asentida, creciente, innegable, pero minoritaria si exigimos un mayor compromiso— no parece encontrar siquiera esa autonomía funcional, esa libertad de discutir, sin presiones de ningún tipo, sobre nosotros mismos.

Lo que tenemos claro, casi lo único, es que la nacionalidad es un derecho, una adscripción jurídica, que se obtiene por nacer (de ahí la palabra de clara etimología latina), si bien hoy, y desde lejanos tiempos, el Derecho aragonés contempla algo mucho más serio: se es por nacer, a condición de no renunciar u olvidar esa nacionalidad, y tanto o más por estar aquí, en estas tierras, entre nosotros, los que fueron, somos, serán aragoneses.

Como otros muchos, afirma J. T. Delos que a la nación va unida la misión histórica —esto hoy nos suena a grandilocuente y ortega —joseantoniano—, y que la nación no es el comienzo de la historia, sino el resultado de ella. Sin embargo, y aun ateniéndonos a las características objetivas en vez de las metafísicas de «conciencia, lealtad, voluntad», nos encontramos en una dirección que, valorando el pasado que nos es común a la mayoría de los aragoneses, insiste sobre todo en las circunstancias actuales: geografía, estructura económica, problemática común; sin olvidar la vieja advertencia de que no son el territorio ni el paisaje, con ser importantes, los que configuran al hombre, sino éste a aquéllos en mayor medida.

En nuestro caso, la nacionalidad aragonesa ha permanecido adormecida bajo una fuerte dominación política castellanista primero, simplemente centralista después, y todo eso es bien conocido. Pero el sentimiento, la conciencia de ser aragoneses, permaneció siempre fuerte, aunque apenas operativamente y, desde luego, sin la menor agresividad. En buena parte la rígida censura sobre el tema, en mucha también la egoísta, aséptica, rutinaria postura de una torpe burguesía oligárquica y caciquil, han acallado casi siempre, o han reducido a un oscuro rincón, voces limpias y claras que, cierto, tampoco han faltado casi nunca. De modo que, por suerte para quienes hoy izamos de nuevo esta bandera, hace ya más de diez años, en Aragón no ha ocurrido como en otros países, incluidos en España Cataluña y Euskadi: aquí, el sentimiento de nación es sólo del pueblo, y se viene identificando con gran acierto reclamación aragonesista con lucha contra la explotación multinacional o nacional-madrileña. Incluso, en sus rasgos más populistas, el derechista PAR lo ha entendido así: no digamos, en todo momento, el desaparecido y añorado PSA.

El resurgir del nacionalismo aragonés, vivamente planteado en los años treinta por los Torrente, Calvo Alfaro, Samblancat, etc., estuvo en línea con los nacionalismos jóvenes surgidos luego de la I Guerra Mundial y que surgirán tras la segunda, especialmente en torno a la descolonización. Y es que, frente al nacionalismo burgués del que surgen los grandes estados europeos del XIX, el nacionalismo contemporáneo, como ha estudiado H. Kohn, «se ha convertido en un movimiento socialmente revolucionario, que exige las mismas oportunidades económicas y educativas para todos los miembros del grupo nacional... (llegando) al establecimiento de una sociedad igualitaria, sin clases. A mediados del siglo XX todos los «jóvenes» movimientos nacionalistas se han convertido también en movimientos socialistas».

El giro es muy grande, y de ahí ciertas reservas hacia ese nacionalismo incluso por parte de la izquierda tradicional, mientras que la derecha española, heredera del fascismo, sigue como aquél negando crispadamente cualquier conato de planteamiento nacionalista. La «salida» al viejo contencioso vasco, catalán y gallego —únicas reivindicaciones legitimadas por ignorantes historiadores y ciegos políticos—, a las que se unió de rondón el nuevo fenómeno andalucista, fue más un anacrónico intento de callar a los que protestaban concediéndoles paulatina y cicateramente «transferencias» descentralizadoras, y aproximando luego a esa situación al resto de las «Comunidades autónomas», aunque con articulados humillantes y una lentitud que impedía cualquier acento político. Fue una treta de UCD, sí, pero en la que colaboró y que desarrolló luego con semejante espíritu el PSOE, un antiguo partido «federal».

En su difícil andadura, el aragonesismo pretendió simultáneamente acceder a una situación política democrática y a una configuración del Estado español en que la oportunidad de gestión y realización fuera igual para todas las nacionalidades que lo integran. Estamos lejos de conseguirlo. Y no queríamos nunca que nuestra reivindicación —que no se contenta con transferencias de lentejas y de miles de funcionarios muchas veces sin la menor ilusión

aragonesa— fuera discriminatoria tampoco para otros, ni los aragoneses de adopción, ni los españoles de otras tierras. Y no sólo no deseamos «romper» ni disgregar la vieja España —tan mal anudados sus lazos, tan torpemente incapaz de ilusionar y atender Madrid a sus periferias—, sino que, al margen de la dinámica europeísta, muchos soñamos con esa siempre dolida ausencia ibérica, «española»: Portugal, que alguna vez, si se plantera con seriedad y honestidad, habría de formar parte esencial de las nacionalidades ibéricas, como soñara Costa.



En cuanto a Europa, hace nada menos que 110 años que escribía Pi y Margall: «...necesitamos cambiar de sistema y adoptar un principio que por su propia virtualidad reconstituya sin esfuerzo desde el último municipio hasta la misma Europa». Es así como, en palabras de Lafont, la construcción europea coronará el edificio de la regionalización, si bien difícilmente aceptará la idea «regional» esta Europa «vaticana y de los trusts, americana y antisoviética».

Es, la de Robert Lafont, una voz mesurada y razonada, la que desde hace veinte años ha explicitado «la revolución regionalista» como una meta fundamental de nuestro tiempo. Según el conocido profesor de la Universidad de Montpellier, el subdesarrollo regional surge del desorden capitalista clásico, que tiene en el estado centralizado su mejor aliado. Por ello, a esa explotación marginalizadora «responde una toma de conciencia revolucionaria que se expresa por medio de la voluntad de vivir en la región... tomando en sus manos directamente el desarrollo económico» y cultural de la misma. Son dos aspiraciones fundamentales de toda persona: «arraigar en un lugar —lugar humano, por otra parte, más que geográfico— y encontrar seguridad material y satisfacción intelectual».

Este segundo aspecto es absolutamente decisivo, y de ahí la importancia de la enseñanza de la cultura regional, de la historia, de la literatura, de las lenguas, encargadas de condensar una conciencia en génesis, el fermento espiritual. De manera destacada insiste Lafont en que «en una perspectiva de progreso intelectual, la lengua reconquistada no significa un retroceso sino una ampliación de las posibilidades de creación», y bien lo sabemos y lo saben nuestros entrañables poetas en habla aragonesa, los narradores aragoneses en catalán.

Lafont habla siempre de «regionalización» —aún más que de regionalismo—. Si nosotros preferimos, aunque sin cerril obcecación, ya va explicado, hablar de nacionalidad y nacionalismo, ello nos lleva como comunidad —y no como grupo aislado, minoritario, de individuos— a aspirar a culminar nuestro desarrollo político al máximo nivel hoy imaginable: el reconocimiento de nuestra soberanía y, en consecuencia, la libre unión —que deseamos— al Estado Federal español y, desde él, a Europa, aunque no sólo a Europa, y con ningún entusiasmo a la Europa citada por Lafont, de las finanzas y el reaccionarismo. Pero digo comunidad, digo pueblo. Que, está claro, y lo explicó magníficamente Pi y Margall, hacia los demás del Estado federal debe buscar el encuentro, ya que «en la nación, la fuente de todos los poderes, es decir, el principio unitario, es el pacto. Fuera del pacto se puede ser descentralizador, no federal». Aragón, cabeza de la gran Corona medieval, sabe bien de pactos dignos, en que todos puedan salir airoso y satisfechos, echándole imaginación y tiempo.

Por otra parte, y mirando hacia dentro, acaso el gran fracaso del nacionalismo aragonés, o si quieres simplemente del aragonesismo, haya sido no entender —como si los catalanes y vascos— que no puede ser nunca asunto de sólo una parte del pueblo. En la elaboración marxista de la idea de «clase nacional» encuentra Maxime Rodinson «la ventaja de conciliar el hecho de la división de la sociedad en clases, con ese otro hecho evidente de que la nación está dotada de una cierta unidad».

Ha estado bien, durante estos interminables años de la transición democrática, una cierta rivalidad —más bien vergonzante y pobre— entre los partidos tradicionales y el PSA, el PAR; o simplemente entre aquéllos, apareciendo poco a poco y sin mucha convicción siglas del todo o en parte alusivas a Aragón (PTA, PCE-PCA, PSA-PSOE, etc.). Pero ya vemos que ha sido una emulación escasa, que nada cuenta en las elecciones a Cortes Generales y apenas sirve de arma arrojadiza de corto alcance en las locales y autonómicas. Acaso haya que ir pensando en urgir a las fuerzas políticas que se consideren —siquiera sea teóricamente— de «obediencia aragonesa», a un pacto nacional aragonés, a un acuerdo-marco que permita la urgente revisión del Estatuto, la salida del increíble impasse sobre el Justicia, la dinamización —política, reglamentaria, también de llevar allá a sus mejores gentes, lo que no parece norma— de las cortes, y termine con el desinterés político gravemente irresponsable del actual Gobierno de la DGA por la Universidad y notables aspectos culturales, y por las transferencias en educación.

Dos hechos bien recientes permiten coyunturalizar esta reflexión que ya va haciéndose enojosa y larga. Uno, el fracaso de una interesante candidatura de Nueva Izquierda Aragonesa que, aunque insuficientemente aragonesista, lo era mucho más que la Izquierda Unida a que se ha visto reducida, por grave —aunque esperable— táctica del PCE. Otro, quizá en parte consecuencia de ese desencanto y frustración, la «trobada d'aragonesistas» del 17 de mayo, que anuncia su segunda convocatoria para el simbólico 29 de junio próximo, y que pretenden «crear una formación política de carácter decididamente aragonesista y progresista, al margen de cualquier otra organización política». Conozco a una buena parte de los más entusiastas de esta línea, sé de su generosidad y honradez. Pero, tras el largo y penoso agonizar del PSA, y el aborto de la NIA, me temo que estamos aún comenzando un debate largo y duro que, por ejemplo, no puede caer en ambigüedades como la del «progresismo» a secas. O se hace un partido nítidamente nacionalista e izquierdista, atravesando el desierto de muchas

PENSAMIENTO ARAGONESISTA



elecciones sin apenas esperanzas, o se potencia una plataforma de estudio y debate, de denuncia y empuje hacia el citado pacto nacional. No seré yo quien diga cuál es el camino, pues ambos me parecen ingratos y hermosos —que no una reedición populista del PSA, que para eso lleva camino el PAR de abandonar la vergonzante «R»—. Permíteme, joven escéptico —te supongo joven: los viejos van siendo casi todos egoístas, impotentes y un tanto cínicos—, que te despida esta carta con unas últimas palabras de R. Lafont, viejo y querido maestro al que tuvimos por aquí y pudimos escuchar y comentar no hace muchos años: «esta tarea no se puede realizar con pereza. Se trata de una lucha. Una lucha contra y una lucha en favor de. El regionalismo es una moral de combate».

Recibe, seas joven o viejo, hombre o mujer, escéptico o ilusionado, el abrazo de tu buen amigo

Eloy Fernández Clemente

Solicite, gratuitamente, nuestro catálogo de Bibliografía Aragonesa

LIBRERÍA **CERTEZA**

Librería especializada
C/. María Moliner, 4
Teléfono 27 29 07
50007 ZARAGOZA

Lo mesache d'as tres chaquetas

por a transcripción Bizén Fuster

ISTE yera uno que teneba en lo pueblo d'alau asabela de familia; y lo primer diya que se l'antójó determinó d'ise-ne ta ixé lugar ta beye-los a toz os paríens y conoxius.

Asinas lo fizo, enganchó lo burro y a caballo s'endrechó cara t'allí por unos yermos p'alcorzar anque na más siga un señalín.

En o tocante a empinar no'n abeba atro igual entre os maziellos d'o lugar; pero como en teneba tantismos de familia y chen pa recordar, a toz que les feba besita, le deziban:

—bienes t'aquí, que beberáz.

—Na más por no fete disprezio...

Y a la fin, dimpuesas d'esbotar cubas y desacupar porrons a caramuello, emprezipió a dondoliar un poquer y más alante remató zorro perdiu.

De mala traza —a lo que quereba oscurexer— echó l'arranque, lo portión y l'encaminón ta casa. Y chino chano lo burro alante y lo mesache agarrau d'a coda, tramenaba que parexeba un baldau.

—...¡Asinas no plegaré miaja ta casa uey!
—prexinaba.

—Chooo!, parate parau —le dizió a l'animal.

S'arrimó un poquer a una gradeta y... ¡bien! que si quiés, Francher. Que no podeba mete-se a caballo (ni ese podiu a garramanchóns, ni anculicas ni de bella pior traza).

—Y ¿Qué feré yo! —diziba fiendo un estrapaluzio que pa qué.

Y encomenzipió:

—San Antón bendito, adúyame a amontame en lo burro; San Chusé, San Chuan y toz os santos, miá si podez fer bella coseta...

Y, si, si, un piazo más alante, chunto al canto'l camino, s'arrimó lo burro a una marguin que beniba al consonán; pero como yera capino a lo que se quiso amontar, blinca ta'l trente y ¡patambón! béte-me-lo con as garras cara t'arriba en l'atro lau. Se lebanta ascape y:

—¡Bien está que m'aduyeis un señalín, pero no espentar d'ixas trazas qu'a poco m'abez matau!

En resultas, que no se podeba amontar y como feba masiau buen orache y teneba asabela calor, se quitó a chaqueta y le'n echó a lo burro por a lomera, y l'animal se le fue alantando poquer a poquer.

Como le'n eba echau de mala traza a la fin remató lo chambergo por trepuzar con bel camal de barzal y caindose.

Asinas que la bido, lo mesache:

—Bai, pos si an perdiu aquí una chaqueta —dizióalcontrandola.



Dibuxo de J. A. Tassies.

¡Y no ye cosa malmetida, Chooo!, —chufió a lo burro, y cuan l'alcanzó l'en echó ande antis.

—Au, burro!

Y le pegó semejante barazo que a caballería salió estampillada.

En estas, al cabo un rato, la mesma istoria, con una boladeta d'aire que tiró a prenda. Y cuan plega ér:

—Oi, la osma, ¡Atra chaqueta qu'an tresbatiu aquí!. Amos, pos la cojo que me pue fer onra. Y golbió a chufiar a lo burro y echá-le-ne.

Cuan ya yera cuasi en o suyo lugar, a lo que pasaban por o puente puyaba una bruxina por lo barranco qu'ascape fizo cae-se lo dichoso chaquetón, pero se quedó enganchau d'a barandilla n'un clau. A lo que plega t'allí Francher:

—Atro chambergo?, pos qué ye isto de tantoalcontra-ne. Oh, y tamién ye flamenca, pero... ¡Rediós, no cal tanta chaqueta pa no morise! La engancha y ¡zás!, l'abienta ta l'augua, y ya no la bido más.

INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO»

FUNDACION PUBLICA

Excma. Diputación Provincial de Zaragoza. Pza. de España, 2; 50004 Zaragoza

Filología y Literatura

ALONSO, Santos: Tensión semántica de Gracián. (Lenguaje y estilo). 194 pp.	650 ptas.
ALVAR, Carlos: Roldán en Zaragoza. (Poema épico provenzal). 78 pp., ilustr.	100 ptas.
ALVAR, Manuel: Estudios sobre el dialecto aragonés. I. 364 pp. y 4 ilustraciones	Agotado
ALVAR, Manuel: Estudios sobre el dialecto aragonés. Vol II. 312 pp.	500 ptas.
ALVAR, Manuel: La frontera catalano-aragonesa. 76 pp.	250 ptas.
ALVAR, Manuel y Elena: Cancionero de Estúñiga. Edición paleográfica. 312 pp. y 1 ilustración	1.000 ptas
BAYO BUENO, María Luisa: La comedia chesa «Qui bien lo fa nunca lo pierde», de Domingo Miral. Estudio lingüístico. 142 pp.	250 ptas.
CARO BAROJA, Julio: Sobre la toponimia del Pirineo Aragonés. 28 pp.	200 ptas.
CASTAÑER MARTIN, Rosa María: Forma y estructura del léxico del riego en Aragón, Navarra y Rioja. 174 pp. y 13 ilustraciones	700 ptas.
EGIDO, Aurora: La poesía aragonesa del siglo XVI. (Raíces Culteranas). 300 pp. y 7 ilustraciones	850 ptas.
FIGUERAS MARTI, Miguel A.: Teatro escolar zaragozano, Las Escuelas Pías en el siglo XVIII. 64 pp.	300 ptas.
FRAGO GRACIA, Juan A.: Toponimia del campo de Borja. Estudio lexicográfico. 254 pp.	550 ptas.
GIL, Ildelfonso-Manuel: Hombre en su tierra. (Antología temática). 112 pp. y 5 ilustraciones	250 ptas.
HANSEN, Federico: Estudios de la conjugación aragonesa. 18 pp.	250 ptas.
HEGER, Klaus: Baltasar Gracián. Estilo y Doctrina. (Segunda edición). 230 pp.	600 ptas.
HIRIART, Rosario: Un poeta en el tiempo: Ildelfonso Manuel Gil. 260 pp. y 14 ilustraciones	900 ptas.
MAINER, José Carlos: Ramón J. Sender. In Memoriam. Antología crítica. 500 pp. ...	800 ptas.
MENDEZ COARASA, Veremundo: Añada'n la Val D'Echo: Introducción, antología y vocabulario por Tomás Buesa Oliver, 94 pp.	Agotado
REVISTA «Archivo de Filología Aragonesa», vols. del 1 al 36-37.	
ROHLFS, Gerhard: Diccionario dialectal del Pirineo Aragonés. 343 pp.	2.000 ptas.
SESMA MUÑOZ, J. Angel y LIBANO ZUMALACARREGUI, Angeles: Léxico del comercio medieval en Aragón. (Siglo XV). 464 pp. y 5 ilustraciones	1.500 ptas.

P O E T A S D E A R A G O N

FRANCISCO JAVIER SANZ BECERRIL

«Probablemente todas saben
que les harás fotografías
y que serás violada
por la sacerdotisa de un reino subterráneo
donde se habla un idioma
que requiere glosario
al final del volumen.»

JULIO CORTAZAR

Serás violada
mientras hozas en las riberas del río Hudson.
Amarrada a un noray serás violada
y pintarrajarán de grafittis tu cuerpo de bronce.
Si has de probar la sangre
y batir tus muslos a golpe de ariete
baila desnuda al atardecer en los puertos
las danzas de la muerte.

CUANDO EN EL
RELOJ DEL CON-
VENTO DEN LAS
DOS.

CABEZA DE
CARNERO.

«Quiero llorar porque me da la
gana,
como lloran los niños del
último banco,
porque yo no soy un poeta, ni
un hombre, ni una hoja,
pero sí un pulso herido que
ronda las cosas del otro
lado.»

FEDERICO GARCIA LORCA

Cuando regreses de los paraísos perdidos,
cuando regresemos de nuestra última guardia
haremos recuento de todo el tiempo
que se escurrió entre nuestros dedos,
y mirándonos a la cara
volveremos a decir aquellas primeras palabras
que aprendimos de otros labios
enamorado que fueron los de nuestros padres
y donde se encerraban sentimientos tan verdaderos
que nunca más nos atrevimos a pronunciarlos.

NO SE ENCEN-
DIERON LAS
LUCES DE BE-
LEN NI EL
ABETO VOLVIO
A APARECER
JUNTO A LA
ENTRADA.

*Las páginas de creación literaria de este número de Rolde cuentan con la colaboración de la
Diputación Provincial de Zaragoza.*

Homenaje a Braulio Foz

EL Centro de Estudios Borjanos de la Institución Fernando el Católico ha dedicado los números XV y XVI de sus «Cuadernos de Estudios Borjanos» a estudiar la figura de Braulio Foz. Recordemos que en opinión de José Luis Calvo Carilla, coordinador del homenaje y uno de los grandes valedores de la obra del turolense, Foz es el padre del aragonésismo contemporáneo y un entusiasta defensor del derecho, la lengua, la historia, las tradiciones...; y que

Rafael Gastón escribía en este mismo sentido: «Se trata de un literato que escribe acerca de Aragón, desde Aragón y para Aragón: es lo genuino aragonés». Pero sucede que además de su ingente labor aragonésista, ya por sí sola de gran interés para nosotros, Foz fue un excelente escritor, autor de la «Vida de Pedro Saputo», el Quijote de la literatura aragonesa en palabras de Menéndez Pelayo, y para muchos, Ynduráin y Calvo entre ellos, la novela más

importante del siglo XIX hasta la publicación de las obras más relevantes de Benito Pérez Galdós.

El volumen, introducido con su rigor habitual por José Luis Calvo, se abre en un estudio de Eloy Fernández Clemente sobre la relación de Braulio Foz con el periodismo y, en concreto, sobre la labor desarrollada por éste desde «El Eco de Aragón», que fundó en Zaragoza en 1838 y del que fue prácticamente su único redactor. Siguen trabajos de Elvira Gangutia (Braulio Foz y los clásicos), José Javier Iso (El Arte Latino de Braulio Foz), Esteban Sarasa, que discepta sobre los cinco volúmenes que Foz publicó de la «Historia de Aragón» de Antonio Sas, de los que el último de ellos es obra del propio Foz, y Juan José Gil Cremades, que recuerda —y a muchos nos descubre— sus tres tratados de Derecho Natural.

Ya en el terreno puramente literario, Leonardo Romero estudia la Poética de Foz, que formó parte con Luzán, Mor de Fuentes y Miguel Agustín Príncipe entre otros, de los aragoneses que en los siglos XVIII y XIX teorizaron sobre el hecho literario; y Maxime Chevalier y José Luis Calvo dedican sendos trabajos a aspectos parciales del Pedro Saputo, como son respectivamente los Cuentos Folkloricos y el Episodio de las Monjas.

El número se cierra con unos excelentes apéndices bibliográficos del propio Calvo Carilla, de inapreciable valor para todo aquel que quiera acercarse seriamente a la obra de Foz, y en los que se incluye el trabajo que nuestro compañero de redacción Chesús Bernal publicó en el número 11 de ROLDE, relacionando la «Vida de Pedro Saputo» con «Gargantúa y Pantagruel», de Rabelais.

J. L. Melero

Cartillas turolenses

Una colección indispensable



Las *Cartillas Turolenses* ponen al alcance de todos cuanto debemos saber sobre la compleja y varia realidad de Teruel. Están escritas por especialistas, en lenguaje sencillo y actual, y abordan con profundidad y rigor todos los temas básicos turolenses.

Estas *Cartillas* pretenden ser un instrumento útil y directo, incluso a nivel escolar, para un mejor conocimiento de Teruel. El conocimiento de su realidad abre a los pueblos el camino hacia el futuro.

Próximos títulos

Aproximación a la estructura económica de la provincia de Teruel
Jorge Infante Díaz

Aspectos antropológicos de la casa en la provincia de Teruel
Rosario Otegui Pascual

Arte rupestre en la provincia de Teruel
Antonio Beltrán Martínez

INFORMACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Apartado de correos 77 - 44060 TERUEL • Teléfono 974 / 60 17 30
Ejemplar suelto: 400 pesetas • Suscripción por un año (6 números): 2.000 pesetas

INSTITUTO DE ESTUDIOS TUROLENSES
Excmo. Diputación Provincial de Teruel
Adscrito al Consejo Superior de Investigaciones Científicas



Don Francisco de la Torre y Sevil y su «Baraja de Nuevos Versos», impresa en Zaragoza (1654)

por Antonio Pérez Lasheras *

QUEREMOS con las siguientes páginas dar a conocer la obra poética de un hombre que tuvo una trascendental importancia en las letras aragonesas de la segunda mitad del siglo XVII: Francisco de la Torre y Sevil.

Si la poesía aragonesa de los tres primeros tercios del siglo XVII está marcada por el mecenazgo y la docencia de los hermanos Argensola (en especial de Bartolomé, por ser quien más tiempo vivió), constituyendo una etapa caracterizada por un afán didáctico y clasicista, además de por su **moralismo satírico** y por su **horacianismo** (como lo define María Pilar Palomo), sin embargo, a partir de 1630 la corriente dominante en nuestra poesía será la gongorina, de cuya escuela formarán parte muchos aragoneses, tanto en la erudición de los comentaristas (con las **Lecciones Solemnes...**, de Pellicer —1630— y con la **Apología por el estilo de Don Luis de Góngora...**, de Uztarroz), cuanto en la creación, con un nutrido grupo de poetas que, bajo la tutela de Juan de Moncayo, Marqués de San Felices y el mejor de los poetas culteranos aragoneses, conforman una de las escuelas poéticas más prolíficas del panorama literario peninsular (quizás sólo comparable con la escuela andaluza). A este grupo se adscriben nombres como Lastanosa, Gracián, Ana Francisca Abarca de Bolea y otros. (1)

Aunque el mecenazgo poético de este grupo fue ejercido por el Marqués de San Felices, existen otras personalidades que se encuentran —unas veces a la sombra, otras a la luz— presentes en algunos de los mayores acontecimientos literarios de estos momentos.

Dos de estos nombres son Baltasar Gracián y don Francisco de la Torre y Sevil Borrás y Jordán, de quien hablaremos aquí. Ambos tienen vínculos muy estrechos, ya que los encontraremos unidos en algunas empresas culturales.

Una de ellas es la colección de **Poesías varias de grandes ingenios españoles** (Zaragoza, 1654) (2). En lo que nos interesa, la importancia de la citada obra radica en que, a pesar de aparecer Alfay como su colector, fuera Gracián quien preparara la antología. Por otra parte, esta colección está dedicada a nuestro Francisco de la Torre.

La participación de Gracián en la colección de Alfay ha sido demostrada por Romera-Navarro y queda ratificada por las palabras del Marqués de San Felices a Gracián:

...aunque el Libro que ha sacado lusepe Alfay no sea hijo del discurso de V.P., pero se le deve mucho por el cuidado que ha tenido en hacerlo dar a la estampa y por haber hecho un ramillete de tan fragantes flores, dignas de su buen gusto y mejor empleo... (3)

En esta antología se encuentran composiciones de los mayores poetas del Barroco español, desde Góngora, Lope, Quevedo, Tirso, hasta Calderón y Bocángel, junto a otro gran grupo de ingenios aragoneses (Bartolomé Leonardo de Argensola, Gonzalo de Porras, Ginovés, Morlanes o el mismo de la Torre). (4)

ENTRETENIMIENTO
DE LAS MVSAS,
EN ESTA
BARAJA NVEVA DE VERSOS.
DIVIDIDA
EN QVATRO MANJARES,
DE ASVNTOS
SACROS, HEROICOS, LIRICOS, Y
BVRLESCOS.
1697
COMPVESTA
POR FENISO DE LA TORRE,
NATVRAL DE TORTOSA.

OFRECIDA A LA PROTECCION DE DON GERONIMO
de la Torre. Cavallero Noble, y arco de San Juan Castell. Uer de
Almadafar, y Mesloja. y Regidor del Hospital Real, y
General de nuestra Señora de Gracia
Reino de Aragon.

CON LICENCIA

En Zaragoza: Por Juan de Ybar. Año M.DC.LV.

Las conclusiones de todo ello es que el prólogo de las **Poesías varias** es de Gracián, no de Alfay. Por otra parte, en algunos ejemplares de esta obra, el prólogo está firmado por Francisco de la Torre, lo cual es bastante inaceptable por varias razones (entre otras por no ser lógico que el prólogo sea escrito por la persona a la que se dirige la obra y porque sería una falta de delicadeza que incluyera poesías propias).

Todo ello nos confirma que Gracián fue el colector de la antología. La causa por la que el jesuita se parpetó en Alfay parece fácilmente comprensible teniendo en cuenta su condición de eclesiástico y que se le había recriminado en más de una ocasión su dedicación excesiva a las letras profanas.

Lo curioso es que en la aprobación que hace Gracián a la obra que vamos a presentar parece reconocerse su participación en la antología de Alfay:

Confieso que tenía estos días postrado el apetito de un gran artazgo de coplas; pero luego que comenzó a cebarse en los manjares desta nueva Baraja de versos (...), de tal modo fue entrando en comer, que queda picado para otras muchas obras de su ingenioso Autor (...).

La cercanía de las fechas nos invita a ratificarnos en cuanto venimos diciendo, ya que la antología de Alfay tiene la aprobación del 6 de junio y la obra de Torre y Sevil del 12 de julio de 1654.

Pocos son los datos que tenemos de Don Francisco de la Torre y Sevil. Sabemos que nació en Tortosa hacia 1628; que pertenecía a una familia de abolengo; que era caballero de la Orden de Calatrava; que vivió en Zaragoza en 1654, donde mantuvo relación con la mayor parte de los artistas aragoneses del momento; que sostuvo una correspondencia amistosa con Gracián, y poco más. Sabemos de su pequeña estatura y de su afabilidad por un **Vejamen** de 1640:

...era bueno para diamante, porque tenía, aunque pequeño, lindos fondos; era su talle por o breve un gusto; tenía muy buen pico, pero su boca era tal, que no sabía disimular aún sus faltas, pero esto no le entraba de los dientes adentro; parecía prodigio que en un cuerpo tan meñique cupiera un alma tan gigante, y por esto escribieron en su sepulcro:

Aquí yace en dura calma...
Mas nada yace, porque
Aqueste poeta fue
Todo alma. (5)

Hacia 1665 era sustituto del marqués de Aytona en la Orden de Calatrava; por esas fechas vivía en Valencia, donde asistía al virrey, don Antonio Pedro Alvarez Osorio, marqués de Astorga y San Román (que sería también mecenas de Calderón). A juzgar por una noticia aparecida al frente de una composición manuscrita, estuvo preso, seguramente en Valencia. (6)

Hacia 1674 residía en Madrid, donde imprimió la primera parte de su traducción de las **Agudezas de Juan Oven** (7).

De su fallecimiento no tenemos noticia, pero tanto C. de La Barrera como Blecua coinciden en que debió de tener lugar poco antes de 1682, ya que ese año publicó la segunda parte de la traducción de Oven el licenciado José Carlos Garcés Boyl, en cuyas aprobaciones se nos menciona la muerte de su autor. (8)

Todo lo dicho hace de Francisco de la Torre un hombre de mundo y amante de las buenas letras. Lo encontramos como miembro de la academia poética del conde de Aranda, «donde se le cita en dos vejámenes». (9) Perdió con el tiempo su sólida amistad con Gracián. En Valencia también fue asiduo a las academias literarias. Al mismo tiempo fue amigo de Calderón.



Las obras en las que intervino de alguna manera de la Torre son muchas y poco conocidas. Además de las ya citadas (**Entretenimiento de las Musas...**, 1654; **Poesías varias...**, de Alfay, 1654, y su segunda parte, **Delicias de Apolo...**, 1670; **Agudezas de Ivan Oven...**, 1674 y 1682 —póstumamente—), podemos relacionar una vasta lista de obras en las que figura su nombre, como editor, como traductor o como autor propiamente dicho (10).

Pero lo que realmente nos interesa es la obra en la que Francisco de la Torre publicó la mayor parte de su obra poética; nos referimos a la tantas veces aquí citada **Entretenimiento de las Musas**, subtitulada «Baraja nueva de versos», publicada en Zaragoza, en 1654.

Lo primero que llama la atención es la modernidad de su título. Denominar a un poemario «baraja» y dividirlo en cuatro palos (o «manjares») es una idea que puede presentárenos como altamente original, aunque, en realidad, tenía una larga tradición. Evidentemente, los palos corresponden a los temas tratados, en una asimilación curiosa (oros —temas sacros—; copas —temas líricos—; espadas —temas heroicos—, y bastos —temas burlescos—) que no hace sino proseguir la habitual partición del siglo áureo.

Blecua es el único crítico que analiza, aunque someramente, el contenido de la obra. Dice:

...hay pocos libros que contengan tal cantidad de temas curiosos, resueltos con mucho gracejo y desenvoltura. Sonetos y décimas dedicadas a los dados, al juego de la pelota, al papel, a la pluma, etc. En muchos casos se trata simplemente de juegos de ingenio, de facilidad y virtuosismo versificador, pero en otros hay una auténtica calidad literaria (...). (11)

Romera-Navarro lo llama «diestro y gallardo» (12); dice que «agradaría el libro a Gracián por su fácil versificación y por su agudeza», aunque «Desagradaría a más de un lector moderno por sus acentuados rasgos culteranos» (13). Gracián, en su aprobación, menciona que en Francisco de la Torre «no es novedad, sino hábito, lo ingenioso y lo discreto», y que el libro «bien merece salir a la luz de la estampa». Don Cayetano de la Barrera afirma que «Fue don Francisco versificador fácil y agudo, aunque profundamente viciado por el ultraculteranismo de su época». (14)

En realidad, como podemos observar, todos coinciden en alabar su ingenio y sus dotes y facilidad para la versificación. Quizás éste fuera también su mayor defecto: la facilidad y la superficialidad, que confieren a los temas tratados un aire de banalidad lasciva e intrascendente y que se nos muestra como la obra de un poeta que no se tomó demasiado en serio el oficio de componer. En toda su obra se nos muestra el aspecto más frívolo e inconsistente de la labor poética; la poesía como juego, muy propia de los ambientes cortesanos y, sobre todo, de los poetas gongorinos que no supieron ahondar en el espíritu del gran vate cordobés y se quedaron en la corteza de sus juegos y agudezas verbales.

Con todo, encontramos algunos logros, algunos destellos de ingenio en sus poesías, como trataremos de demostrar en la brevísima antología que incluiremos a continuación, verificada de acuerdo a criterios de calidad poética y a cierta —no siempre universal— proximidad de temas y motivos.

La originalidad del título y de la organización del libro de Francisco de la Torre es relativo. El motivo del juego invade la poesía del siglo de Oro. Sin acudir a los antecedentes medievales, tenemos que ya Montemayor incluye una «Ensalada del juego de la primera aplicada a Nuestra Señora» (15), estructurada como una baraja-misal, y que Fernando de la Torre escribe una baraja poética, incluida en el **Cancionero de Estúñiga**.

Por otra parte, la reprobación del juego es uno de los asuntos sobre los que se compondrán ininidad de discursos —en prosa y en verso— en las academias literarias en boga en estos momentos (16).

Téngase en cuenta, al mismo tiempo, que Valencia y Zaragoza son ciudades en las que la fiebre «académica» fue tremenda y que por ambas anduvo nuestro Francisco de la Torre. Por otra parte, el motivo del juego, las metáforas fulleras, incluso, otorgan al poeta una multiplicidad de posibilidades expresivas que serán bien explotadas (sobre todo por Góngora y Quevedo) y que ayudaban a la creación de un género lírico en plena actualidad: la poesía cortesana, literatura de circunstancias y efímera, en la que la resolución de los conceptos con ingenio y la asimilación de elementos dispares en asociaciones brillantes y la búsqueda de la admiración y la maravilla son fines en sí mismos. Poesía, pues, que ha perdido parte de su trascendentalidad en pro del divertimento y del gracejo buscado para provocar el asombro de los concurrentes. Existían claves, enigmas y adivinaciones constantes que hoy es preciso escudriñar para entender el sentido de cada poema.

El virtuosismo versificador de F. de la Torre se desenvuelve mejor en las décimas que en los sonetos, porque el molde estrófico limitado le constriñe y hace que se ciña más al tema. Con todo, hay sonetos muy bien resueltos. Los romances se pierden en descripciones que dificultan el relato sin excesiva gracia. Los juegos de ingenio provocan una distancia entre irónica y burlesca que impide el tratamiento serio de cualquier asunto.

Baste, pues, lo dicho, para dar a conocer a un poeta que, aunque no nacido en nuestra tierra, sí puede ser considerado como perteneciente a una todavía mal estudiada escuela barroca aragonesa. Y todo ello, aunque el nombre de la Torre y Sevil no aparezca en la **Gran Enciclopedia Aragonesa**. Esperemos que la edición que sobre este autor prepara el profesor Alvar lo sitúe donde merece dentro del difícil mundo de la poesía barroca. Veamos algunas composiciones y que juzgue el lector.

<p>PARAXA NYEFADE</p> <p>que el acordarse olvidar, no es olvidar acordarse, prefería ha de apartarse la memoria, sin memoria; mas yo que es mal bulfo quedo, quiere olvidar, por que no quiero, que no olvidar si quiero.</p> <p>Quien sin querer, merda, ô loco, obratami mal es crecido, si quiero olvidar, no olvido, y si no quiero, tampoco: si a olvidar no me provoca, quedo en su rigor amor, y si pienso en el rigor, quiere olvidar; pero infiero, que no olvidar si quiero.</p> <p>Mi mal nunca acabaré, que el olvidar que previcno, sino le llamo, no vicio, y si le llamo, se ve mañ del amor lerá, lo que olvidar procuro, per no olvidar; y así yo quiere olvidar, por que infiero, ôcc.</p> <p>MAN.</p>	<p style="text-align: center;">VERBOS BREFLESCA</p> <p style="text-align: center;">MANJAR</p> <p style="text-align: center;">QUARTO</p> <p style="text-align: center;">SERVIDO</p> <p style="text-align: center;">EN LOS BASTOS.</p> <p style="text-align: center;">DE</p> <p style="text-align: center;">BURLESCOS ASYNTOS.</p> <p style="text-align: center;">AL SACULO DE L'AVIE, A CELESTINA <i>regalo de el Trovador de la Dama Fama.</i></p> <p>Este que vengo y loco me he hecho, es el que es en una noche muerto por sereno, es el que es en su fin de la vida que me, para no deudo sacra en un dia. introducir solo flego en vna espada. Juliano Favores de vna Maga. Cae el en sus venegas. buscando casta y navegando glorio, i vna, y pagadoro, si vna y vna. por las puertas abiertas, mande avar mas las decadas, que la guerra.</p> <p style="text-align: right;">Qd. J. J. J.</p>
---	--

A / LA PLVMA / DEZIMA. /

Fértil vara, igual pincel,
regla cierta, alto compás,
aguda flecha, que das
en el blanco del papel.
Con voz negra, lengua fiel,
índice del discurrir,
si eterna quieres vivir,
bien hiziste en trasladar,
todo el aire del bol,
al aire de escribir.

A VN AMIGO / DISTINCION EN- / TRE LA PELOTA, Y LOS / DADOS. / DEZIMA. /

FABio, si juegos conciertas,
a la pelota, es bien halles,
que el Tahir la echa por calles
y el Dado al tahir, por puertas,
parado en suertes inciertas,
se va el oro más aprisa,
la pelota, por precisa
lei, que en ella naide escapa,
dexa al jugador sin capa,
pero el Dado, sin camisa.

CELEBRANDO EL VIVO / PRIMOR DE DOS SIERPES, QVE / sirven de assas a vna hermosa jarra, que se / admira entre / las alajas de Don Vicen- / cio Lastanosa. / SONETO. /

A Estas dos fieras de enroscadas frentes,
Que en lo igual sólo, de assas dan señales,
Piedad del arte fue, al hazerlas tales,
Entorpezar la furia de sus dientes.
Produzeslas, joh vaso!, o las consientes,
En loor que puedes ocultar cristales,
Mas dellos, para efetos desiguales,
Hydras fueron aborto, no serpientes.
Al codiciarte en ellas primoroso,
Aun más la admiración, que el miedo tarda.
Y se yela del tacto lo animoso.
Guardante del que al verlas se acobarda,
Que prodigio del Arte tan hermoso,
No ha menester adorno, sino guarda.

A / LO MISMO. / SONETO. /

Venenosas salivas escupieran,
si el que adornan primor no veneraran,
dos animadas sierpes, y silvaran,
si en el vaso silencio no bevieran.
Fieras assas parecen, y lo fueran,
si su inmovilidad aseguraran,
que aunque fixas los ojos las reparan,
cautelosas las manos las ponderan.
Sierpes vivas matar, valor se llama;
pero animar fingidas, ya se advierte
raro vigor de Promethea llama.
En las suyas no triunfe Alcides fuerte,
porque fue mayor pasmo de la fama,
dar vida a éstas, que a las otras muerte.

EN APLUSO DE D. IVAN DE MONCAYO, MARQVES / de San Felices, auiendo escrito la Fábula de Atalanta. /

Oí Atalanta, presuma
de invencible en lo ligera,
si al buelo de su carrera
le da el aire de tu pluma.
Pero en la dorada suma
de lo que escribes, Marqués,
sólo tú vences, pues
llega a suspender veloz,
más el canto de tu voz,
que el pomo de su interés.

RESPUESTA / AL AMOR / DE VNA SEÑORA DE / HERMOSOS OJOS, Y ESTREMADA / BLANCVRA. / DEZIMA. /

AMor desnudo se pinta,
porque Venus, limpia, y franca,
estendió su ropa blanca
sobre la tez de lacinta.
Duda el rapaz, que su cinta
nieve apague su crisol,
y ella buelta a su arrebol,
dixo: no ves imprudente,
que si ha nevado en mi frente,
en mis ojos haze Sol.

AL / ANEGARSE LEANDRO, / QVANDO PASSAVA A VER / SV HERMOSA ERO. / ES IMITACION DE MARCIAL. / DEZIMA. /

QVando ya Leandro advierte,
que su amor quiere apagar,
armado del viento el mar,
y del mismo mar la muerte.
Dixo: si es forzossa suerte,
que en esta de golfos selva,
mi vida y amor resuelva,
ó mar, ya que infeliz soi,
perdóname quando voi,
anégame quando buelva.

INVENTIVA IOCOSA, DE COMO / las mugeres nos hurtan el tiempo. /

Con bellas letras, con brillantes puntos,
luminosos trasuntos
de quanto la impresión dorar podía,
tenía yo vnas horas como vn día.
Quando cierta beata,
que mi cuidado trata,
con sus mañas traidoras,
en pocas horas me quitó las horas.
A conversar me fui con vna vieja,
que ya la toma el tiempo, y ya la dexa,
y como que quitar en mí no halava,
a sí misma los años se quitava.
Passé luego a vna moza,
escoba general de toda broza,
que aseada y ligera
barrió los quartos de mi faltriguera.
De modo que prové por passatiempo,
que ya toda muger nos hurta el tiempo,
horas de la beata los engaños,
las mozas quartos, y las viejas años.

A DON MIGVEL BATISTA DE LANVZA, / Cavallero de la Orden de Santiago, del Consejo / de su Magestad en el Supremo de Aragón, y / su Protonotario en los reinos / desta Corona. / AVIENDO ESCRITO LA VIDA DE LAS DOS / Venerables Religiosas Descalças, / LA MADRE GERONIMA, y FELICIANA. / SONETO. /

Tu pluma, jó gran Miguell, que sólo yerra
Quando no escribe, ilustre corrió el velo
A dos ocultas plantas del Carmelo,
Ya claras cumbres donde el Sol se encierra.
Gima el olvido, y haga el tiempo guerra,
Quando dispone con igual desvelo,
Si su virtud, que vivan en el Cielo,
Tu ingenio, que no falten en la tierra.
Vida le dio a su luz no conocida,
Tu historia, donde por gloriosa palma,
Vn rayo en cada letra esclarecida.
Vn alma es cada voz en dulce calma,
Porque si tú a sus obras diste vida,
Ellas a tus palabras dieron alma.

HABLA / CON VN TAHVR / IMAGINANDO LIBRO / LA BARAXA DE LOS NAYPES. / DEZIMA. /

Tahur, deste libro que hablo,
letras los números son,
razones, la sinrazón
de su estilo, Autor el Diabolo:
registro al Mirón le entablo,
Mecenas, al garitero,
erratas, tanto Azar fiero,
título, tanto Rei vano,
prólogo, el alzar por mano,
y fin, el de tu dinero.

A / VN AMIGO / TAHVR / INFELIZE / DEZIMA. /

Al dezir mal su baivén,
Fabio, porque no te quexes,

dize el dado que le dexes,
y en esto, ya dize bien:
no quieras, contra el desdén
de la Fortuna topar;
y si deseas ganar,
dexa el vil desasosiego,
que del que corre en el luego,
el mejor lance, es parar.

RESPVESTA / AL AMOR, / DE VNA SEÑORA DE / HERMOSOS OJOS, / Y ESTREMADA / BLANCVRA. / DEZIMA. /

AMor desnudo se pinta,
porque Venus, limpia, y franca,
estendió su ropa blanca
sobre la tez de lacinta.
Duda el rapz, que su cinta
nieve apague su crisol,
y ella buelta a su arrebol,
dixo: no ves imprudente,
que si ha nevado en mi frente,
en mis ojos haze Sol.

Notas:

(1) Esta nómima es muy extensa. Comprende nombres como Gino-vés, Morlanes, Melero o Felices de Cáceres. Baltasar López de Gurrea es llamado «El Góngora de Aragón» por don Juan de Palafox, en la dedicatoria a sus *Clases poéticas*, Zaragoza, 1663. El caso de Uztarroz no deja de ser curioso, ya que marca el inicio de la combinación de las influencias de Bartolomé Leonardo y de Góngora. Véase Aurora Egido, *La poesía aragonesa del siglo XVII (Raíces culturanas)*, Zaragoza, Institución «Fernando El Católico», 1979, pág. 11.

(2) «Recogida por Josef Alfay, y dedicadas a Don Francisco de la Torre, cavallero del Avito de Calatrava. En Zaragoza: Por Iuan de Ibar, año 1654. A costa de Josef Alfay, mercader de libros». Hay edición moderna, realizada por José Manuel Bleuca, en Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1946. Esta obra «es una de las dos o tres más importantes antologías de verso de nuestro siglo XVII» (Miguel Romera-Navarro, «La antología de Alfay y Baltasar Gracián», en *Hispanic Review*, XV —1947—, pág. 325).

(3) Apud Romera, *op. cit.*, pág. 340 y 342.

(4) *Ibidem*, pág. 342.

(5) *Vexamen que dio Jorge la Borda en la Academia que se celebraba en casa del señor conde de Lemus*. En Cayetano de la Barrera y Leirado, *Catálogo Bibliográfico y Biográfico del teatro Antiguo Español...*, Madrid, Rivedeneyra, 1860, pág. 402.

(6) C. de La Barrera, *op. cit.*, pág. 399 y J. M. Bleuca, «Francisco de la Torre, amigo de Gracián», en *La vida como discurso*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1981, pág. 59.

(7) Madrid, Imprenta del Reino, 1674.

(8) C. de La Barrera, *op. cit.*, pág. 400; Bleuca, *art. cit.*, pág. 59.

(9) Bleuca, *art. cit.*, pág. 58.

(10) Se trata de las siguientes: *Lvzes de la Aurora: Días de Sol...*, Valencia, Gerónimo de Vilagrassa, 1665. *Poesías selectas de varios Autores Latinos*, Madrid, Gabriel de León, 1697. En 1680 salieron impresas algunas de sus poesías en *Varias hermosas flores del Parnaso...*, Valencia, Francisco Mestre, 1680. Conservamos también algunas comedias suyas, de tema religioso en su mayor parte. Entre ellas *La Justicia y la verdad, Triunfar antes de nacer, y la Azucena de Etiopía* (en colaboración con José de Bolea).

(11) Bleuca, *art. cit.*, pág. 59. La obra tiene la aprobación de Gracián y poemas dedicados del Marqués de San Felices, de Alicia Bruna, José Liñán de la Torre, Manuel de Salinas y Linaza, Francisco de Diego y Sayas, Ana Abarca de Bolea, Ana de Sayas y otra —en prosa— de Juan de Moncayo, Marqués de San Felices. Va dedicada a Don Guillermo de la Torre.

(12) «La Antología...» (1947), pág. 344.

(13) «Dos aprobaciones...» (1947), pág. 260, nota 60.

(14) *Op. cit.*, pág. 400.

(15) Incluido en el *Cancionero espiritual*. Véase Jean-Pierre Etienvre, «El juego como lenguaje en la poesía de la Edad de Oro... en *Edad de Oro*, IV (1985), págs. 47-69. Anteriormente Juan del Encina, Sánchez de Badajoz, el mismo Gracián (*El Criticón*, 2.ª parte, Crisi octava) o Góngora —entre otros— habían tratado el motivo del juego.

(16) Recordemos el «Discurso en verso castellano vituperando el juego» de la *Academia Pítima contra la Ociosidad* (verano de 1608), la «Carta de Miguel Ribella, Reprobando los juegos y pleitos» de Rey de Artieda (en *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro*, Zaragoza, Angelo Tuanno, 1605, fols. 79v-81v), o el *Tratado muy útil y provechoso en reprobación de los juegos*, de Diego del Castillo (1528).

* Antonio Pérez Lasheras es Profesor de Literatura Española en la Universidad de Zaragoza.

studio

Tempo fotografia

**MATERIAL FOTOGRAFICO
FOTOS CARNET
LABORATORIO PARA
FOTOGRAFIA Y
DIAPOSITIVAS**

Fernando el Católico, 14
Teléfono 45 81 76
50009-ZARAGOZA

Mesón-Parrilla

La Cuadra Félix

Ambiente aragonés

Cte. Santa Pau, 13 Tel 23 93 81 Zaragoza

LIBRERIA



Plaza San Francisco, 5
Teléfono 45 73 18
50006-ZARAGOZA

CASA EMILIO

.....
comidas
.....

Avda. Madrid, 5. Teléfonos 43 43 65 - 43 58 39
ZARAGOZA

LIBRERIA CONTRATIEMPO



C/ Royo, 20

Teléfonos
21 81 77
21 81 78

ZARAGOZA

FALORDIAS II



FALORDIAS II

(Cuentos en lengua aragonesa)

P.V.P. 500 ptas.

Cuadernos de
Cultura Aragonesa
n.º 2

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Deseo suscribirme por un año a «ROLDE, Revista de Cultura Aragonesa», abonando su importe (600 ptas.) mediante:

- Giro postal al Apartado 889.
- Transferencia a la cta. cte. 2381-88 de la Caja de Ahorros de la Inmaculada, Urbana 2. Zaragoza.
- Domiciliación bancaria. Remitiendo este impreso, o una fotocopia del mismo, al Apartado de Correos 889 de Zaragoza.

Banco o Caja de Ahorros:

Agencia: Cta. cte. o L. ordinaria:

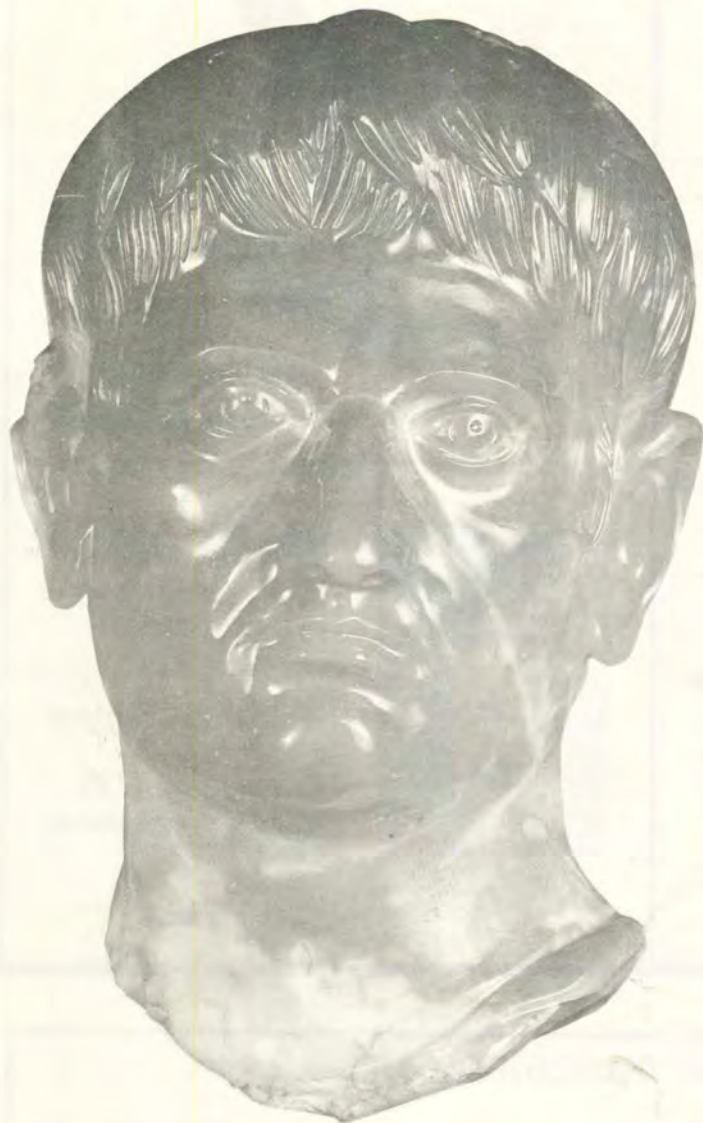
Les ruego que a partir de esta fecha hagan efectivos a la Asociación Rolde de Estudios Nacionalista Aragonés los recibos de ptas. que girará a mi nombre en concepto de suscripción a la Revista «ROLDE».

Atentamente, (firma)

Don

Calle Ciudad

ENCICLOPEDIA TEMATICA DE ARAGON



PLAN DE LA OBRA

1. — Folklore y música
2. — Fauna
- 3/4. — Historia del arte
5. — Flora
6. — Geografía
- 7/8. — Historia
9. — Literatura
10. — Ciencias Sociales

DATOS TECNICOS

Diez tomos con más de 4.000 páginas y 10.000 ilustraciones a todo color.

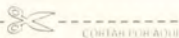
Los mejores especialistas en cada materia trabajando para el proyecto más ambicioso de nuestra tierra.

Encuadernación artística en binderpiel.

Formato 22 × 30 cms.

COORDINACION GENERAL

Antonio Beltrán Martínez
Guillermo Fatás Cabeza
Guillermo Redondo Veintemillas



Envíenme sin compromiso información sobre la
ENCICLOPEDIA TEMATICA DE ARAGON.

D.

C/. Tel.

Población

EDICIONES OROEL
Cortes de Aragón, 64-66. 50005 ZARAGOZA

Es una obra de
EDICIONES MONCAYO, S. A.

Distribución exclusiva:

EDICIONES OROEL

Cortes de Aragón, 64-66
Tfno.: 35 25 54 / 35 25 58
50005 ZARAGOZA